

LOS IMPERIOS EN LA HISTORIA GLOBAL: CONCEPTO Y REFLEXIONES SOBRE SU APLICABILIDAD EN EL DISCURSO HISTORIOGRÁFICO

EMPIRES IN GLOBAL HISTORY: CONCEPT AND REFLECTIONS ON ITS APPLICABILITY TO THE HISTORIOGRAPHICAL DISCOURSE

Raúl Moreno Almendral

Alumno de 4º de la Licenciatura en Historia, Universidad de Salamanca (USAL)

Resumen. El artículo aborda los diversos significados y materializaciones del término “imperio” en el marco de la Historia Global (siglos XV-XXI). Traza un panorama teórico y desglosa las realidades imperiales en tres dimensiones (estructura política, imaginario y símbolos, repertorios imperiales) a través del estudio de diversos casos: globalización arcaica en la Edad Moderna, construcción de la globalización moderna desde ca. 1770 hasta la gran crisis global de 1914-1945, y globalización moderna en el mundo actual.

Palabras clave: Imperio, globalización, colonialismo, imperialismo, revolución, Estado, nación.

Abstract. *The article deals with the several meanings and embodiments of the term “empire” within the Global History approach (15th-21th centuries). It draws a theoretical outlook and breaks down the imperial realities into three aspects (political structure, imaginary and symbols, imperial repertoires) through diachronic case studies: archaic globalization in the Early Modern Times, building of modern globalization from c. 1770 until the great global crisis of 1914-1945, and modern globalization in the contemporary world.*

Keywords: *Empire, globalizarion, State, nation, colonialism, imperialism, revolution.*

Para citar este artículo: MORENO ALMENDRAL, Raúl, “Los Imperios en la Historia Global: concepto y reflexiones sobre su aplicabilidad en el discurso historiográfico”, en *Ab Initio*, Núm. 8 (2013), pp. 139-179, disponible en www.ab-initio.es

Recibido: 25/08/2012

Aceptado: 17/04/2013

I. LA FUERZA DEL TÉRMINO

Desde hace unos años, la historiografía constata las consecuencias del cuestionamiento de los grandes paradigmas, la irrupción de las incertidumbres derivadas del llamado “pensamiento débil”, de la postmodernidad y del “giro lingüístico”, así como las complejas relaciones entre discurso y realidad, que en algunos casos llegan a posiciones realmente radicales y demoledoras para la profesión historiográfica, como el cuestionamiento de la existencia de la realidad

más allá del lenguaje¹. Relacionado con esto, pero en clave mucho más constructiva, los historiadores tienen muy en cuenta desde hace unas décadas que las palabras y los conceptos no son realidades universalmente dadas y válidas, sino construcciones culturales con historicidad propia. Lo cual implica la necesidad de desdoblarse el estudio de cualquier realidad entre el objeto que se intenta aprehender y el del propio instrumento lingüístico-conceptual². Así, significado y significante no guardan relaciones permanentes ni inequívocas, sino vínculos cambiantes con potencialidades científicas diversas. Paralelamente, el derrumbe de los paradigmas y el revulsivo postmoderno ha potenciado el desarrollo de algunos marcos histórico-conceptuales menos omnicomprendidos pero que constituyen igualmente herramientas de investigación altamente operativas.

En el presente artículo se explorarán las posibilidades analíticas de la palabra “imperio”, imbricada en el vocabulario de una de estas nuevas herramientas, quizás la más novedosa de todas, y a la vez más ambiciosa: la Historia Global, que estudia los procesos de interconexión de gran escala que dieron lugar al mundo globalizado de hoy³. Con sus deficiencias, la *Global History*, entendida como la historia del proceso de globalización o, en sentido amplio, de los intercambios (violentos o no) de mercancías, ideas, personas o gérmenes y cómo todo ello afecta al desarrollo interno de las sociedades participantes (*World History*), está proporcionando unos interesantísimos resultados, aunque las reflexiones teóricas sean relativamente escasas, y en gran parte procedentes de universidades estadounidenses⁴. Nuestro concepto se insertará en el contexto de la

¹ Vid. AURELL, Jaume, “Los efectos del giro lingüístico en la historiografía reciente”, en *RILCE. Revista de Filología Hispánica*, Núm. 20/1 (2004), pp. 1-16; JULIÁ, Santos, “La historia social y la historiografía española”, en *Ayer*, Núm. 10 (1993), pp. 43-45.

² La preocupación por el concepto como objeto de estudio y clave de bóveda de cualquier práctica historiográfica debe su formalización más solvente al pensamiento alemán bajo el término de *Begriffsgeschichte* (historia de los conceptos). Una introducción en KOSELLECK, Reinhart, *historia/Historia*, Madrid, 2010 (1974).

³ La *World History* nace en el siglo XX de la voluntad de superar los corsés nacionales y el excesivo ombliguismo de sus historiografías. Pese a existir precedentes como la *Weltgeschichte* alemana, Spengler o Toynbee, no podemos hablar con cierta solvencia de *World History* hasta los años 60-70, con autores como W. H. McNeill, L.S. Stavrianos, I. Wallerstein o F. Braudel. Sin embargo, a pesar del auge del comparativismo y los *area studies* en universidades norteamericanas desde ese momento y algunas obras maestras de estos autores que siguen siendo una referencia para los historiadores globales, la eclosión de la *Global History* es reciente. De hecho, en Europa occidental todavía se tienen muchas reticencias por sus limitaciones o por el cambio de mentalidad que exige. Sobre las diferencias y matices entre la Historia Mundial, Global y Ecuménica, Vid. MAZLISH, Bruce, “Crossing Boundaries: Ecumenical, World and Global History”, en POMPER, Philip, ELPHICK, Richard H., VANN, Richard T. (Eds.), *World History: ideologies, structures and identities*, Malden, 1998, pp. 41-52.

⁴ Cfr. POMPER, P., ELPHICK, R. H., VANN, R. T. (Eds.), *Opus cit.*; STUCHTEY, Benedikt, FUCHS, Eckhardt (Eds.), *Writing World History: 1800-2000*, Oxford, 2003; WOOLF, Daniel R., *A Global History of History*, Cambridge, 2011; GOUCHER, Candice, WALTON, Linda, *World History: Journeys from Past to Present*, Nueva York-Londres, 2008, con un enfoque más amplio; HOPKINS, Anthony G. (Ed.), *Global History: interactions between the universal and the local*. Nueva York, 2006; STEARNS, Peter N. (Ed.), *World History in Documents: A Comparative Reader*. Nueva York-Londres, 2008. El hecho de que la inmensa mayoría de los practicantes de la

globalización múltiple y crecientemente acelerada que ha experimentado nuestro planeta en los últimos cinco siglos, donde se verá qué significados ha tenido la palabra “imperio”, qué utilidades tiene el uso de ese concepto para la producción historiográfica, qué ambigüedades esconde y qué sentido tiene usar una palabra antigua en un mundo lleno de novedades continuas y realidades cada vez más cambiantes.

Fijado el objeto de estudio y su contexto, queda preguntarse si el proceso escogido ofrece una *longue durée* adecuada que permita inferir un conjunto de significados suficientemente coherente como punto de partida. Así como Wittgenstein, Russell y otros filósofos analíticos llamaron la atención sobre el valor del lenguaje, la difícil relación entre las palabras y la realidad no puede convertirse en una zanja infranqueable que impida las conexiones lógicas que cimentan cualquier conjunto proposicional constituyente de toda ciencia social. Por lo tanto, aun admitiendo la variabilidad de significados del concepto, no es admisible que el nominalismo absorba todo el interés analítico. Teniendo en cuenta todas las salvedades y problemas antes señalados, se abordará el concepto de imperio *per se* antes de observarlo en acción. El objetivo es componer unos mimbres provisionales que pueden acabar estructurando una definición adecuada en su toda su complejidad. Esbozada la estructura, la confrontaremos con los casos más importantes que jalonan lo que la historiografía denomina Historia Moderna y Contemporánea.

Ante una tarea de este tipo, los politólogos o sociólogos políticos suelen recurrir a sus clásicos y utilizar su capacidad para diseñar conceptos y ponerlos en funcionamiento para la composición de una teoría aparentemente lógica; pero que un sistema sea lógico no significa que sea real, y muchas veces las sesudas teorías expuestas en obras magníficamente escritas y de alta densidad intelectual no resisten la confrontación con la evidencia histórica; por su parte, los historiadores tienden a subestimar el valor de la teoría y a centrarse en sus casos, acumulando datos como si sólo esto hiciera sus conclusiones más correctas. Obviando el hecho de que el conocimiento del pasado no sólo depende de las fuentes en sí, sino también de lo que se haga con ellas, esta forma de trabajo acumula estudios locales cuya interconexión es un trabajo adicional, muchas veces dejado en manos de otros que tienen menos aversión al pensamiento abstracto. Es por esto que se propone la utilización de la metodología antes señalada, que no por simple es *a priori* menos efectiva en la búsqueda de uno de los principales retos de la Historia Global respecto a otras sensibilidades historiográficas: la férrea voluntad por encontrar un puente entre las orillas de lo idiográfico y lo nomotético, desde lo alto del cual ver el discurrir del río con otro punto de vista.

World History proceda del mundo académico de los EE.UU. se refleja en los propios planes de estudio, donde es común ver asignaturas obligatorias para las que ya se han desarrollado manuales, como DUIKER, William J., SPIELVOGEL, Jackson J., *The Essential World History*, Belmont, 2008; STEARNS, P. N., ADAS, Michael B., SCHWARTZ, Stuart B., GILBERT, Marc J., *World Civilizations: The Global Experience*, 2 Vols, Upper Saddle River, 2011.

El vocablo en cuestión procede de la voz latina de origen etrusco *imperium* (“mando, orden, autoridad”). En época republicana hacía referencia a los poderes de algunos magistrados romanos, especialmente militares y jurisdiccionales. Con la llegada del principado, el *imperium* formó el núcleo de los poderes de Augusto junto con la *tribunicia potestas*. Con la consolidación del imperio como forma política de los territorios bajo la égida de Roma, el concepto cristalizó en el imaginario político como un poder supremo, reforzado en su carácter primigeniamente divino, que en su forma más abstracta sería equiparable a lo que hoy llamamos *potestas publica*⁵. Con la caída de Roma, el *imperium* se fragmentó en una compleja red de distribución de poderes y subpoderes sancionada por la Iglesia que constituyó el mundo feudal⁶. No es objetivo de este trabajo el analizar la estructura del poder en el feudalismo, sólo se pretende seguir la historia de la palabra hasta los inicios del proceso de globalización, que justifican una Historia Global propiamente dicha (finales del siglo XV).

En el año 800 de la era cristiana Carlomagno fue coronado emperador por el papa León III, recogiendo los jirones de la legitimidad del Imperio Romano de Occidente, cuyo remedo fue el Imperio Carolingio. Paralelamente a esta recomposición, los soberanos de Constantinopla se siguieron llamando βασιλεύς ἀτοκράτωρ o títulos análogos hasta la caída de la ciudad en 1453, como descendientes proclamados de los emperadores romanos de Oriente. Como es sabido, durante toda la Edad Media el concepto de “imperio” siguió reflejando la sombra de Roma en un mundo de reyes⁷. La *translatio imperii* hacia los Otónidas conservó la unicidad del título occidental en la estructura del Sacro Imperio Romano Germánico, marco político en el que el Papa seguía teniendo el poder de coronar. Salvo algunas proclamaciones temporales y el exotismo bizantino, los europeos sólo conocieron un emperador en la Edad Media, como exigía la concepción política dominante de la *Christianitas*, un universalismo cristiano que buscaba su correlato político, cuya línea algunos se afanaron en trazar de Constantino a Carlos V. Así, cuando los barcos portugueses y españoles estaban comenzando a abrir el relativamente restringido mundo de la época, el sacro emperador romano todavía mantenía ese título honorífico.

Este breve recorrido por los usos de la palabra occidental confirma la intuición de que cualquier aproximación a los objetivos mencionados sería superficial si se limitara a recorrer las ocasiones en las que ha aparecido el término en las fuentes. La meta es el estudio de las realidades imperiales, no sólo del término que intenta expresarlas. A partir de la cronología propuesta se intentará ganar profundidad

⁵ GÓMEZ ESPELOSÍN, Francisco Javier, *Diccionario de términos del mundo antiguo*, Madrid, 2005, p. 140; GRIMAL, Pierre, *El Imperio romano*, Barcelona, 2000, pp. 79-88.

⁶ Vid. ANDERSON, Perry, *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, Madrid, 1989 (1974), pp. 105-143.

⁷ Para una ampliación de la concepción política en el paso de la Tardoantigüedad a la Edad Media y su relación con otras realidades imperiales, Vid. WORMALD, Patrick, “Kings and kingship”, en FOURACRE, Paul (Ed.), *The New Cambridge Medieval History*, Cambridge, 2005, Vol. I, pp. 571-604.

articulando un enfoque que trascienda la mera etimología y que consiga someter a las realidades imperiales a una mínima conceptualización. Así, se tomará el imperio de los últimos cinco siglos como un compuesto polisémico de tres facetas recíprocas aunque no necesariamente existentes en cada caso, complementarias pero no forzosamente excluyentes. Estas tres dimensiones del imperio son:

a) Imperio como constitución política o forma de Estado

Esta primera acepción recogería todos los casos cuya esfera política tuviera una caracterización imperial. Esto suele incluir la proclamación como tal de un Imperio (que debería ir acompañado por el reconocimiento diplomático correspondiente) y la existencia de una cierta idea de “composición” en la estructura política y soberanía más o menos estratificada en todo el conjunto, aunque ello venga impuesto por una realidad extensa y compleja combinada con unos medios limitados, más que por un convencimiento por parte del centro imperial, que suele estar dominado por un conjunto restringido de población. Las estructuras políticas imperiales suelen tener tensiones con el grado de composición que sancionan, el control o modulación de su dinámica expansionista, la centralización o descentralización administrativa, la aplicación de políticas de diferencia o la estimulación de la uniformidad en la burocracia, el ejército y la población en general, cómo gestionan realidades multiculturales o incluso mestizas y qué las diferencia realmente de otras realidades políticas similares más allá del propio nombre (lo cual suele llevar a estos Imperios proclamados al desarrollo de una de las otras dos dimensiones o ambas).

Aparte de las estructuras políticas imperiales modernas, cuando Europa todavía estaba sumida en poliarquías feudales, algunos imperios maduraron unas estructuras de poder de tipo “burocrático” o “prebendario”, que tuvieron éxito en la incorporación y movilización de grandes cantidades de población y recursos respecto a un centro, pero que un siglo después darían muestras de esclerosis ante las innovaciones introducidas por los europeos en los repertorios imperiales⁸. Muchas veces, esta acepción, perteneciente al campo de la Historia Política, es la única que manejan algunos historiadores.

b) Imperio como imaginario político y programa simbólico

La Historia Cultural ofrece las mejores herramientas para estudiar esta dimensión. Recoge todos los universos simbólicos de carácter imperial, la propaganda de superioridad y dominación, los mecanismos de apropiación del arte, la literatura, el folclore y otros elementos para la fabricación de una cultura imperial que responda a la realidad pero a la vez ayude a moldearla. Normalmente, las imágenes y las palabras, si no entroncan directamente con una familia, un pueblo mitificado o una religión, giran en torno a unas pocas ideas que se reelaboran y

⁸ Un estudio clásico sobre los llamados “imperios histórico-burocráticos” y su contraste con formas modernas de organización política y social en EISENSTADT, Shmuel, *The Political Systems of Empires*, Nuevo Brunswick (Nueva Jersey), 2010 (1963).

presentan como propias de la realidad imperial en su versión más genuina (léase libertad, igualdad, civilización, tradición...). En función de sus otras dimensiones, los orígenes de este imaginario imperial pueden partir de un imaginario dinástico-patrimonial o nacional modificado, al que se han añadido elementos exógenos que se mantienen diferenciados de la matriz nacional pero crean una especie de cultura compuesta con fines inclusivos y a la vez reafirmantes. Otras veces, la voluntad de uniformización o de diferenciación selectiva impulsa culturas imperiales que insisten en la unión, normalmente a través de la composición simbólica de algún elemento de la realidad imperial, como la figura del propio emperador, árbitro de tensiones internas y sacralizada en algunos casos.

En los primeros momentos de la globalización marítimo-terrestre, los países europeos participantes en la apertura del continente al mundo y la interconexión con los otros, tenían unas culturas políticas propias de monarquías tardofeudales en proceso de absolutización o de repúblicas mercantiles protocapitalistas con unos imaginarios imperiales modernos difusos o inexistentes (bloqueados por la figura del Sacro Imperio). Con el tiempo y el colapso de la visión del mundo de la que bebía la idea del imperio medieval y la cristiandad universal, países con realidades imperiales formadas irán desarrollando imaginarios imperiales, probadamente efectivos aunque no imprescindibles para el fortalecimiento del centro imperial respecto a las partes y del Estado moderno en sí, cuando no de su construcción. La conformación de una mentalidad de imperio se relaciona con la tercera de nuestras dimensiones, aunque la creación de culturas más o menos imperiales, entendidas éstas como reconocedoras y exaltadoras de la jerarquía, la dominación y el trato diferenciado no es exclusiva de realidades imperiales ya consolidadas. De hecho, puede presentarse en estructuras políticas en proceso de creación imperial o formar parte transitoriamente de algún proceso de consolidación del poder en realidades más precarias. Lo más común es que de una u otra forma acompañe a las otras dos dimensiones o sólo a una de ellas.

c) Imperio como conformación y práctica de repertorios imperiales

Podría decirse que tanto una constitución imperial como su propaganda y simbología son en sí un repertorio imperial. Tomando un sentido amplio, aquí se plantea más bien el conjunto de mecanismos de todo tipo (políticos, económicos, militares, culturales...) por los que un imperio manifiesta interna y externamente un poder envuelto en una aura de expansión y superioridad que suele ir acompañada de sometimiento (que el repertorio imperial se lleve a la práctica con éxito ya es otra cuestión)⁹. No tiene por qué haber una proclamación específicamente imperial en una constitución, un título de un soberano o un blasón. Un imperio existe cuando consigue comportarse como tal.

⁹ La conquista de otros territorios y pueblos y su juridificación ha sido un problema desde los inicios del derecho internacional. Desde la polémica de los justos títulos en el imperio hispánico hasta las resoluciones de descolonización de la ONU en el siglo XX, el delicado juego entre la fuerza y la legitimidad ha sido un campo más en el desarrollo de repertorios imperiales. *Vid.* ANGHIE, Antony, *Imperialism, Sovereignty and the Making of International Law*, Cambridge, 2005.

No sería difícil derribar esta definición por su ambigüedad y confusión. El comportamiento imperial es una especie de cajón de sastre donde podría haber casi cualquier cosa que implique expansionismo y/o dominación. Concretar esto con un esquema de centro imperial – intermediarios/élites locales – territorios subordinados, cimentados todos por un conjunto de intereses lubricado por la fuerza y la riqueza (u otras formas de dependencia o cuasidependencia más sofisticadas como el préstamo de dinero, asesores o tecnología) puede poner en la pista de lo que se quiere decir con un “comportamiento imperial”, en el que es necesario saber combinar la negociación con la imposición en proporciones variables. Es muy común que una sociedad que desarrolle y aplique repertorios imperiales los dote de contenidos culturales que los estimulen y realcen (segunda dimensión) y los cristalice en una arquitectura institucional que regule la vida social, económica, política y cultural desde los principios de composición y diferencia, con un emperador al frente o algo parecido en la práctica (primera dimensión).

Ciertamente, es aquí, en la realidad de poder que se esconde detrás de la palabra, donde el propio proceso de globalización ha obligado a cambiar en cada momento la definición de los repertorios imperiales. La Sublime Puerta podía masacrar a miles de personas en sus territorios griegos en el siglo XVIII para mantener su dominio; después de 1945 este proceder sería inaceptable pero las potencias hegemónicas desarrollaron otras formas de condicionamiento o sometimiento. La pregunta es si la transformación de los juegos de hegemonía, desigualdad y dependencia progresivamente universalizados por la globalización puede entenderse como cambios y modulaciones de la relación imperial o el choque de imperios. Al no proclamarse de forma expresa, siempre habrá un componente valorativo en juzgar si tal o cual Estado es un Imperio porque actúa como tal. Sin embargo, ésta es quizás la dimensión más profunda de las tres, en tanto que dota de un verdadero peso y significado a las dos anteriores. Su resolución dependerá de un buen tratamiento de los casos y una comparación rigurosa con criterios comunes para cada momento.

Como se ha dicho, esto no es una tipología, son formas de acceso a las realidades imperiales por las que intentamos cubrir la complejidad de sus dimensiones. Existen muchas obras sobre el Estado o la nación, pero pocos historiadores se han atrevido a abordar el estudio de realidades imperiales desde una perspectiva amplia y directa, no lateral¹⁰. Es probable que la causa resida en intentar clasificar las realidades imperiales en tipos ideales. El resultado son simplificaciones y

¹⁰ El último de los intentos lo constituye BURBANK, Jane, COOPER, Frederick, *Imperios. Una nueva visión de la historia universal*, Barcelona, 2011, un libro novedoso e inspirador en muchos aspectos (como en la superación de las tipologías), pero que cae también en varias de las trampas que aquí señalamos, como la simplificación o el error en el tratamiento de casos y una conceptualización un tanto confusa (leyendo los diversos capítulos uno se lleva la sensación de que los imperios siempre caen por el desarrollo de las condiciones derivadas del auge). Con todo, hay que reconocer a sus autores la valentía del enfoque global que han imprimido a las realidades imperiales, enfoque que infunde una parte importante de las reflexiones de este artículo (como la consideración del concepto de “repertorio imperial”).

forzamiento de los datos¹¹. Pero también es un problema el exceso de indefinición y fluidez que imprimen algunos autores a su arquitectura conceptual, pudiendo adaptarla a cualquier cosa al precio de caer en contradicciones. Por ello aquí se presenta el concepto como un crisol de puntos de vista, no como una serie de cajones rígidos que se ignoran mutuamente. Así, el perspectivismo en clave orteguiana permite la combinación, pero a la vez la identificación de los elementos preponderantes en cada caso¹².

Con este cambio de método se obtiene, en primer lugar, una técnica para analizar las realidades imperiales potencialmente adaptable a entornos extraeuropeos y al encuentro de esas interconexiones e influencias que rastrea la Historia Global; en segundo lugar, mayor flexibilidad que otros instrumentos de análisis de la Historia Global, como veremos después, al permitir combinar sin contradicción otras realidades no imperiales en las distintas dimensiones, como puede ser un Estado-nación, un imaginario cívico o libertario, poblaciones de carácter tribal o realidades imperiales en todos los sentidos, excepto que no se reconocen a sí mismas como tal. Todo esto responde a la idea de Christopher Bayly por la que “el desarrollo histórico parece haber sido determinado por un paralelogramo complejo de fuerzas constituidas por los cambios económicos, la construcción ideológica y los mecanismos del Estado”¹³.

La amplitud de miras, en tercer lugar, se ve compensada con la necesidad de componer cada caso según los datos disponibles. Ya no vale con señalar que este o aquel caso eran un imperio. Los historiadores deberán orientarse a estudiarlos individualmente, explorar todas sus dimensiones y ponerlas en relación con el resto de los casos, comprobando las coincidencias y diferencias sin la obsesión de encontrar leyes universales, pero con la sospecha inherente al historiador global ante supuestas peculiaridades y casos únicos nacionales. Es muy fácil hablar del “Imperio chino” o del “Imperio otomano”, pero también hay autores que escriben sobre un “Imperio español”, un “Imperio británico” o un “Imperio soviético” y en cada caso el término tiene significaciones diferentes, muchas veces siendo una categoría acuñada *a posteriori*, algunas de base científica bastante cuestionable, al menos si no se contextualiza. En cuarto lugar, establece un marco conceptual más

¹¹ Con bastante éxito, la Ciencia Política tiende a centrarse mucho en el concepto de “Estado”, como forma moderna de organización del poder y aparta todo lo demás, incluidos los “imperios”, como si fueran reliquias del pasado. Este análisis puede resultar útil para las sociedades de los últimos años pero es sumamente simple proyectado hacia el pasado, además de no coincidir con los datos que tenemos sobre la construcción del Estado en Europa. Sirva como ejemplo VALLÈS, Josep María, *Ciencia política. Una introducción*, Barcelona, 2010, pp. 73-83. La Sociología es más flexible a la hora de abordar los fenómenos globales pero sigue limitada por la oposición de sociedades modernas/premodernas. Además, el presentismo de algunos sociólogos lleva a una desconexión de categorías que dificulta los intercambios fructíferos (exceptuando el caso de la sociología histórica). Un buen ejemplo de una visión sociológica de la globalización en la introducción a su disciplina que hace GIDDENS, Anthony, *Sociología*, Madrid, 2010 (1991).

¹² Una versión desarrollada de este perspectivismo epistémico en ORTEGA Y GASSET, José. *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, 2002 (1923).

¹³ BAYLY, Christopher A., *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914*, Madrid, 2010, p. xxxi.

amplio para los diversos usos que ha tenido el término en la historiografía convirtiendo la contradicción aparente en un diferente punto de vista y destapando a su vez los usos poco rigurosos o interesados en cada momento (aunque esto último no pasa de conjetura hasta el análisis de cada caso o conjunto coherente de casos).

En los próximos epígrafes señalaremos la utilización del concepto en los diferentes temas de la *Global History*, veremos algunas propuestas diferentes a la que aquí se hace en el manejo del término e intentaremos abordar algunos casos con el objetivo de poner de manifiesto las posibilidades para la comprensión del pasado de un enfoque amplio de las realidades imperiales, cambiantes, complejas e interconectadas con los productos de la modernidad globalizada (como las nuevas formas de capitalismo agrario, mercantil y financiero, la nación o la sociedad de masas). El segundo gran objetivo es estimular el interés de su estudio desde el enfoque de la Historia Global y la conveniencia de la introducción de este elemento de apertura en las mentalidades de los investigadores de las diversas historias nacionales, limitadas inevitablemente por la estructura universitaria, los recursos disponibles y la disposición de la mayoría de las fuentes.

II. PODER, ESTADO, IMPERIO Y GLOBALIZACIÓN EN LA EDAD MODERNA

La base del marco cronológico manejado parte del proceso de globalización, un fenómeno disparmente abordado en el que el análisis desde la perspectiva imperial ha sido bastante escaso. *World History* y *Global History* no son exactamente sinónimos pero sus intereses y caminos confluyen de tal forma que a la hora de analizar la expansión europea pueden tomarse como tales. Entrado el siglo XXI, los científicos sociales afirman que el hombre vive en un mundo totalmente globalizado; ¿qué puede decir la Historia si se echa la vista atrás para preguntarse cómo se ha llegado a tal grado de convergencia e interdependencia?

Los siglos correspondientes a la Edad Moderna (o si se quiere la horquilla amplia formada por las fechas simbólicas 1453-1776) constituyen la primera fase de la globalización, un verdadero momento de transformación y síntesis de lo nuevo y lo viejo que llegaría a su cénit en la llamada “Era de las Revoluciones” (c. 1776-1848), aunque muchos de sus correlatos se extenderán hasta bien entrado el siglo XX. Es verdad que al ocupante del Trono del Dragón en 1600 le importaba bastante poco que un vendedor de paños de Brujas pudiera tomarse una taza de té, pero las fuerzas que tendieron las aparentemente modestas relaciones que permitían estas realidades hasta hacía poco impensables acabarían transformando el mundo en otro cada vez más sustancialmente diferente, uno en el que el “hijo del Cielo” vería Pekín, el centro del “país del centro”, militarmente ocupado por los “bárbaros de pelo rojo” y sus aliados, idea que a su predecesor de 1600 le

habría parecido hasta cómica¹⁴. Conviene saber en qué términos se mueven los argumentos que han explicado los orígenes del proceso y sus primeros momentos, qué significado le han dado sus creadores a la palabra imperio y qué utilidad puede tener para un historiador global tener en cuenta las realidades imperiales¹⁵.

Existen algunas corrientes historiográficas que han tratado esta primera fase de la globalización, unida indefectiblemente a la conformación del Estado moderno en Europa como nueva forma de articulación del poder, a la expansión europea en otros continentes y a la maduración de los elementos de carácter socioeconómico que permitirían muy pronto hablar del capitalismo (si no lo permitían ya). De esta forma, este estudio se ve aquí trabado por el fuego cruzado de los debates sobre cuál fue el motor de este proceso.

Distinguiendo el liberal y el materialista como los dos grandes macroenfoques tradicionales y teóricamente más consolidados que han influido a la Historia Global actual, se puede sostener la hipótesis de trabajo de que ninguno de los dos contempla el análisis de las realidades imperiales y sus transformaciones como una categoría específica y útil para explicar la globalización *per se*, sino más bien en sentido reactivo. Los historiadores globales de corte liberal dan gran importancia a los aspectos culturales, los intercambios de ideas, el poder de la información y los movimientos intelectuales y religiosos en la conformación de estructuras políticas, comunidades sociales y redes comerciales¹⁶. La visión de la historia del mundo que tienen William Hardy McNeill y su hijo John Robert McNeill se define como la formación de “redes humanas” naturalmente tendentes a la expansión y la unión; conexiones que combinan cooperación y rivalidad

¹⁴ La fuerza de las armas es un factor llamativo pero dependiente de muchos otros (aunque no totalmente subordinado). Ningún gobernante europeo se habría planteado seriamente invadir China a finales del siglo XVII (hubo un proyecto en la España de Felipe II pero no fraguó); en 1860 los palacios imperiales fueron saqueados por los europeos; y en 1937 gran parte del país fue ocupado por los japoneses. Evidentemente, algo ha cambiado en estos siglos y ese cambio ha sido trascendental. Una visión de estos momentos como un intercambio múltiple (ecológico-biológico, económico, religioso-cultural y tecnológico), precedido de un sintético pero interesante recorrido teórico: SANTOS PÉREZ, José Manuel, “Historia global, Historia mundial. Algunos aspectos de la formación histórica de un mundo globalizado”, en *Revista de Estudios*. Universidad de Costa Rica, Núm. 16 (2002), pp. 13-24.

¹⁵ Vid. SLOTERDIJK, Peter, *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización*, Madrid, 2007, pp. 26-27, donde expone su visión de la globalización en tres fases. La primera es la “onto-morfológica”, cuando en una o distintas partes del mundo se comienza a tomar conciencia del carácter esférico del mundo y de la situación propia respecto a un todo mucho más grande. La segunda es la terrestre, el momento en que las diversas partes establecen vínculos y se influyen mutuamente de forma cada vez más regular e intensa. Sloterdijk la data de 1492 a 1945. A partir de entonces comenzaría la tercera fase, la actual, “una globalización electrónica” que permite las interconexiones estrechas e intensas necesarias para la “aldea global”.

¹⁶ No perteneciendo a la *World History*, algunos autores han encontrado que las conexiones globales son la clave para el análisis de su periodo o de su objeto de estudio. No podemos hablar de globalización y de historia cultural sin citar la obra de GRUZINSKI, Serge, *Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*, París, 2004, que estudia la “globalización ibérica” de la Monarquía planetaria de Felipe II a partir de 1580 como el primer momento realmente global y lo hace desde el punto de vista cultural.

impulsadas por “la ambición que alberga el hombre por alterar su condición para conseguir sus esperanzas”¹⁷. En esta visión tan ufana y optimista de la historia, envuelta en ambientalismo y organicismo, el concepto de imperio queda subsumido por la teoría de las redes¹⁸. Se habla de imperios como realidades políticas o estructuras de dominio, pero como elementos insertados en la red que tampoco reciben mucha atención, pues no son la clave argumentativa de los autores. Aquí, la densidad conceptual del término imperio no supera lo que comúnmente se entiende como tal; léanse las definiciones del diccionario de la RAE: “organización política del Estado regida por un emperador” y “potencia de alguna importancia, aunque su jefe no se titule emperador”. El dinamismo de las redes acaba llevándose por delante reflexiones como si el carácter compuesto de las monarquías europeas puede entenderse como una realidad imperial o no, el desarrollo de ideologías imperiales en Estados no políticamente imperiales, la conformación de repertorios imperiales a partir de la expansión europea (y, por tanto, cómo la expansión acabó moldeando la propia Europa pero a la vez los territorios donde se expandía) o qué ocurre con todas esas estructuras políticas extraeuropeas generalmente denominadas imperios en sus historias particulares pero que pocos se molestan en analizar en profundidad, como si tuvieran una importancia secundaria respecto al “impulso civilizatorio de la gran Europa”.

Algunas veces se habla de historiadores globales “materialistas”, pero el conjunto de autores que basan sus explicaciones de la globalización en el papel de las mercancías, el consumo, la división territorial de la producción y la creación de nuevas formas de articulación del poder que respondan y refuercen recíprocamente los factores socioeconómicos (esto es, unas instituciones fuertes y modernas), es muy diverso y en absoluto dogmático. Globalización y capitalismo (que no libre mercado) van de la mano en esta visión de la historia del mundo.

Una de las teorías más completas, complejas y que mejor ha sabido combinar todos estos elementos, contrastando después con casos, ha sido el análisis de sistemas-mundo, cuya gran figura desde su creación en los años 70 es sin duda el historiador estadounidense de formación sociológica Immanuel Wallerstein¹⁹.

¹⁷ MCNEILL, John R., MCNEILL, William H., *Las redes humanas. Una historia global del mundo*, Barcelona, 2010 (2003). La globalización se explicaría así por la unión de estas redes y la formación de una red cosmopolita (mundial) a partir de 1500 aprox. Con la industrialización, la red mundial aumentaría su densidad. A partir de finales del siglo XIX esto generaría unas tensiones cuyo estallido define la crisis del siglo XX, cuya recuperación definitiva es incierta. De hecho, los propios autores dudan de si esta red mundial ya consolidada sobrevivirá por mucho tiempo, especialmente en relación a los límites ecológicos que el propio planeta presenta.

¹⁸ Una visión alternativa de la construcción de la globalización, pero también de corte ambientalista y biologicista, es el ya clásico: CROSBY, Alfred W. *Imperialismo ecológico: la expansión biológica de Europa, 900-1990*, Barcelona, 1988 (1986), en la línea de muchos autores que dan importancia a los factores ecológicos y geográficos. Otro gran clásico de historia global, pero bastante alejado de nuestros intereses en este artículo es MCNEILL, William H. *Plagas y pueblos*, Madrid, 1984 (1976), en la que la clave argumentativa es la expansión e intercambio de gérmenes y enfermedades.

¹⁹ Para una visión completa del análisis de sistemas-mundo, *Vid.* WALLERSTEIN, Immanuel, *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*, México, 2006 (2004).

Realmente, el análisis de sistemas-mundo no es en sí la historia de la expansión europea, ni siquiera la historia de los primeros momentos de la globalización. Es una visión macrohistórica, un instrumento analítico potencialmente aplicable a muchos periodos y realidades. Sin embargo, la magna obra de Wallerstein ha tratado hasta ahora de la historia de un sistema-mundo en particular: el sistema-mundo moderno (*Modern World-System*), cuya creación y evolución sí coincide con los procesos que estudia la historia global²⁰. Para el autor, la historia de la globalización es la historia de la expansión de la economía-mundo capitalista creada a partir de la crisis del feudalismo europeo del XIV; un espacio jerarquizado (con centros, periferias y semiperiferias) donde los lazos de mercancías y capitales mediatizan el encaje del resto de las realidades en el conjunto²¹. Una economía-mundo capitalista que se ve impulsada por la constante acumulación de capital, caracterizada por una sucesión de hegemonías en el centro y una progresiva periferialización de los espacios sobre los que Europa se expande. De esa forma, los procesos de interconexión global serían los mismos que los de la expansión de la economía-mundo capitalista. Este enfoque se construye sobre un andamiaje conceptual relativamente sólido y bien definido y asentado. Aplicando las ideas del historiador económico húngaro Karl Polanyi sobre los tres tipos de organización económica (recíproca o trueque; redistributiva; de mercado o intercambio monetario), Wallerstein zanja las discusiones sobre los tipos de sociedades o de regímenes políticos afirmando que en el fondo sólo hay tres sistemas históricos, correspondientes cada uno con esos tipos de organización económica: los minisistemas, los más básicos y primitivos; los imperios-mundo, donde una sola autoridad política aspira a controlar todo el sistema (y por tanto a redistribuir bienes, servicios y capitales); y las economías-mundo, la forma más compleja de sistema histórico, donde hay varios Estados unidos por esa estructura de centro-semiperiferia-periferia en un sistema interestatal y una geocultura que cimentan un conjunto cuya corriente subyacente es el desarrollo capitalista y la lucha por la hegemonía²².

En este contexto, la palabra imperio es usada por Wallerstein en dos sentidos. En un sentido sustantivo, como concepto propio de la dinámica histórica que él

²⁰ Hasta ahora se han traducido tres tomos de su análisis del moderno sistema-mundo: WALLERSTEIN, I., *El moderno sistema mundial. I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Madrid, 2010 (1974); *El moderno sistema mundial. II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, Madrid, 2010 (1980); *El moderno sistema mundial. III. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*, Madrid, 2010 (1989). El cuarto volumen de la serie se adentra en el periodo contemporáneo y fue publicado por la University of California Press en junio de 2011 con el título *The Modern World System-IV, Centrist Liberalism Triumphant, 1789-1914*.

²¹ Una versión vulgarizada y simplificada de la teoría de Wallerstein la clasifica de “marxista”. El análisis de sistemas-mundo, pese a que al propio autor no le guste llamarlo así, parece una ciencia social en sí, pues aspira a combinar las dimensiones económica, social, política y cultural de la historia humana en una sola explicación. Como los McNeill los factores económicos, Wallerstein no desprecia la cuestiones culturales sino que las integra, pero si leemos sus libros no podemos negar que sus argumentos preponderantes son de inspiración económica y, en menor sentido pero también, política (para Wallerstein cómo sea el Estado es una variable fundamental).

²² WALLERSTEIN, I., *Análisis de sistemas-mundo...*, p. 33.

presenta (imperio-mundo) y en un sentido adjetival, en el que parece que a veces se olvida de la tensión conceptual que requiere su análisis y utiliza la palabra “imperio” o “imperial” de una forma un tanto descuidada y confusa (al igual que nación/nacional), como si olvidara la acotación conceptual del vocablo imperio que él mismo define.

Dejando a un lado este problema y tomando la significación propia con la que el análisis de sistemas-mundo carga a la palabra “imperio”, se verá que muchos de los elementos que nosotros recogemos en nuestras dimensiones imperiales están tejidos por Wallerstein con otros hilos en un tapiz bastante diferenciado de la Historia Global convencional. Los imperios resultado de la expansión europea deben entenderse desde la lógica tensionada y competitiva del sistema interestatal, imbricado en las propias necesidades y dinámicas de la economía-mundo capitalista en expansión. Las realidades imperiales extraeuropeas son imperios-mundo que intentan resistirse a su conversión en periferias. Las crisis imperiales se relacionan fuertemente con las diferentes fases y reajustes del sistema de hegemonías y, con él, de la economía-mundo, cuyo aumento de tamaño y volumen en personas, producción y comercio obliga a cambios culturales y políticos. La fuerza bruta, el mercantilismo y, extendiendo el argumento, el proteccionismo, serían mecanismos de los Estados semiperiféricos para defenderse de o asaltar al centro, no tanto manifestaciones de un programa imperial. En tanto que la globalización es el resultado de la formación de la economía-mundo capitalista, los imperios-mundo son precisamente una forma arcaica de organización (y por lo tanto, una potencial rémora para la globalización debido a su voluntad de fagocitar toda actividad económica producida en su espacio político). De aquí se deduce que para esta corriente el concepto de imperio, entendido como imperio-mundo, no está en el mismo plano argumentativo que la concepción pluridimensional que aquí se propone o, por lo menos, le reserva unos espacios semánticos más restringidos.

Existen otros autores que han asumido la teoría de Wallerstein y han contribuido a aumentarla y a aplicarla en otros espacios²³. Destaca el historiador francés Fernand Braudel, que, diferenciándose de Wallerstein, incluyó algunos de los elementos del análisis de sistemas-mundo en su Historia de la Edad Moderna, pero de una forma mucho más flexible y dinámica. Un ejemplo es precisamente el concepto de imperio. Para Braudel, una economía-mundo no es incompatible con un imperio-mundo y las manifestaciones imperiales pueden incluir la fuerza o el control estatal sin ser esto una contradicción en la concentración de poder o

²³ Un ejemplo es ABU-LUGHOD, Janet L., *Before European Hegemony: The World System A.D. 1250-1350*, Oxford, 1989, que propugna un origen diferente al sistema-mundo moderno, alejado de esa dogmática asociación con lo europeo (Europa-modernidad han sido un mantra desde la Ilustración hasta el Postmodernismo). Otro libro destacado, esta vez un estudio sobre los centros y los procesos de pérdida y consecución de la hegemonía, con interesantes prolongaciones hacia el mundo contemporáneo, es: ARRIGHI, Giovanni, SILVER, Beverly J. *et alii*, *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Madrid, 2001.

capital²⁴. En ese sentido, la concepción de Braudel, que sitúa los inicios de la economía-mundo moderna (capitalista) en la Italia del siglo XIII, es mucho más amplia (quizá porque no aspira a abarcar toda la realidad de todos los momentos) y sintoniza mejor con las utilizaciones fluidas del término que los historiadores globales ajenos a la corriente del análisis de sistemas-mundo han hecho en los últimos años (Braudel se vincula a la Escuela de *Annales* como iniciador de la segunda generación, pero gran parte de su obra ha tenido influencia sobre las corrientes historiográficas que aquí estudiamos).

Aceptando o no estas teorías, lo cierto es que en 1453, cuando Constantinopla cayó ante los turcos, las sociedades más complejas y refinadas que se habían desarrollado hasta el momento eran realidades imperiales, con una ideología imperial y muchas, imperios proclamados (o pequeños enclaves surgidos en las periferias o interconexiones entre imperios y dependientes de ellos)²⁵. Unos tres siglos y medio después, los países de ese pequeño apéndice de Asia que es Europa habían conseguido someter, conquistar o intervenir en el área de influencia de esas sociedades, creando sus propios imperios bajo nuevas formas. Por ello, se sostiene que es imposible comprender este proceso sin el enfoque imperial. Reconociendo todo lo que los estudios anteriores enseñan sobre la historia del mundo occidental y su expansión en los últimos cinco siglos, nuevas corrientes empiezan a desafiar o matizar unas teorías calificadas de eurocéntricas, especialmente en el análisis de las conexiones globales a partir de los siglos XVIII y XIX.

Algunos estudiosos de zonas “no centrales”, según las visiones tradicionales, están empezando a cuestionar la historia de la globalización como un sol europeo que ilumina a los demás. De hecho se ha empezado a perfilar una teoría de la “globalización policéntrica”, que pone en cuestión la visión de Europa como “la forjadora de nuestro mundo” y apuesta por una combinación de procesos locales, regionales y globales, de contingencia y planificación, de búsqueda de riqueza y de ideología, de verdadero intercambio de estímulos y respuestas entre las sociedades europeas y las extraeuropeas²⁶. La conquista de los incas y los

²⁴ Vid. BRAUDEL, Ferdinand, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII. T. III, El tiempo del mundo*, Madrid, 1984 (1979), pp. 36-37; *Ídem, El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, 1987 (1949), que aportó una concepción compleja del tiempo histórico (corta-media-larga duración) y consideró el Mediterráneo como un conjunto coherente (pero no excluyente), demostrando que la historia global más que un dogma universal de la globalización debería ser un enfoque para la superación de las fronteras nacionales, una forma de mirar más lejos que un nuevo credo para digerir mal que bien, forzando el periodo y el lugar que investigue cada uno, como llegó a ser el materialismo histórico en su vulgarización.

²⁵ Vid. FRANK, André Gunder, *Reorient: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley, 1998. Hasta el siglo XV Europa no era ni mucho menos el lugar más brillante del mundo (compárese la Europa tardofeudal con sociedades como la china Ming, la persa o la incaica) y hasta el siglo XIX esa supuesta modernidad de la “civilización europea” no desempeñaba un papel realmente trascendental en la marcha del mundo, sobre todo en su dimensión económica.

²⁶ Éste es el enfoque del magnífico libro de BAYLY, Ch. A., *Opus. cit.*, donde se hace una sutil distinción entre uniformización y homogeneización, se da gran importancia al análisis de las estructuras estatales y se sitúan los orígenes del mundo moderno en un largo proceso global (no

mexicas, por ejemplo, pudo realizarse tan rápido y con tan pocos recursos porque Cortés y Pizarro supieron sacar partido de las propias divisiones y tensiones internas de las sociedades locales consiguiendo miles de indígenas para sus propios ejércitos. Además, en esos procesos la contingencia y la improvisación fueron también factores que *a posteriori* intentaron ocultarse. La expansión inglesa en la India, por ejemplo, se explica más que por un proyecto coherente y completo de conquistar la India desde Londres, por la voluntad de la *East India Company in situ* de expulsar a la *Compagnie des Indes* francesa (Cfr. Guerra de los Siete Años) y de asegurar las ricas provincias de Bengala, Bihar y Orissa, sobre las que desde 1765 tenían el *diwani* (capacidad para cobrar impuestos) y por lo tanto, asegurarse la plata necesaria para sus transacciones con China (lo cual equivalía a asegurar el suministro de té)²⁷.

Antes se ha afirmado que muchos de los grandes interlocutores de los europeos eran imperios y que estos últimos crearon también los suyos. A modo de ejemplo, se señalarán algunos casos con el fin de presentar las posibilidades (y necesidad) del enfoque imperial para comprender el periodo. Ciertamente, no existen muchos libros que ofrezcan una panorámica desde este punto de vista (y menos aún que no se enamoren de su teoría y acaben intentando explicarlo todo desde ella)²⁸. Sin embargo, hay numerosa literatura especializada en cada caso que permite la síntesis, aunque su inmenso volumen es ya un problema grave para este fin²⁹. Podemos distinguir los casos que ya existían antes de los procesos globalizadores y aquellos que se gestaron en el marco de ellos. A la vez, la situación presenta sus variaciones según las áreas, dadas las diferencias del sustrato previo en el cultivo de las dimensiones imperiales.

Fuera de Europa, existían enormes entes de poder con una tradición imperial bastante larga en los tres sentidos: estructura política de tipo imperial, bien fuera burocrático-prebendaria o dinástico-patrimonial³⁰; cultura imperial (idioma, religión, memoria...); y práctica imperial propiamente dicha (desarrollo de repertorios de dominación y jerarquía, políticas de la diferencia y de la inclusión,

sólo de Europa hacia el resto del mundo) limitado cronológicamente por dos grandes crisis globales, la de 1780-1820 y la comenzada en 1914.

²⁷ De hecho hay algunos autores, como David Washbrook o Peter Marshall, que defienden explicaciones endógenas de la expansión inglesa, relacionadas con las élites indias y sus tensiones y los intereses locales, en lugar de la propia voluntad de los gobiernos de Londres.

²⁸ Un ejemplo de un intento global, exitoso a medias, en BURBANK, J., FAIRBANK, F. *Opus. cit.*, especialmente las pp. 164-301 para este periodo.

²⁹ Cada caso requeriría la citación de cientos de monografías. Como sólo tratamos de hacer un esbozo para señalar la enorme cantidad de posibilidades que ofrecen los imperios, remitimos a las obras de la nota 4 y sus respectivas bibliografías, sin perjuicio de que podamos señalar algunas obras destacadas específicamente.

³⁰ Obviamente, en el caso de las áreas ajenas al legado político de Roma no podría haber al frente de la estructura de poder un “emperador” propiamente dicho pero existen otros conceptos análogos a esa carga semántica (*sha, huangdi, khan, tsar, tenno...*) aunque en esto siempre existirá una discusión sobre la traducibilidad y sobre la equiparación entre el significado europeo y el no europeo, resolviendo estos matices a través del estudio de casos y comprobando la existencia de otras dimensiones imperiales aparte del propio nombre.

actitud imperial hacia otros Estados, con una fuerte tendencia, dado el momento, a considerarse a sí mismos el centro del mundo y a desarrollar una visión de sí mismos y de los demás consecuente....). Sería interesantísimo desarrollar en monografías cada caso explorando estas rutas pero aquí sólo tenemos espacio de sugerir un esbozo.

Claramente la China Ming (Qing a partir de 1644), la Persia Safávida, la India mogol (desde 1526) y los Andes incaicos parecen presentar estas tres dimensiones. El Imperio otomano, que llegó a consolidar una increíble expansión transcontinental durante el siglo XVII, es un caso algo más complejo por la mayor descentralización del poder y relativa autonomía a las comunidades y religiones que ofrecía, aunque la Casa del sultán y el propio sultán conseguían coordinar la heterogeneidad con unos resultados muy positivos. Igualmente sería interesante considerar los kanatos del Asia central antes de ser dominados por Rusia y algunos Estados africanos, como los antiguos “imperios” (tomando la terminología europea) Shongai en las orillas del Níger y de Abisinia en el Cuerno de África. Más interesantes aún son los poderes que entraron en contacto con los europeos por más tiempo, como el Imperio Jólof, en el actual Senegal o el Gran Zimbabwe en el sur. En América, la otra gran sociedad estatal, además de los incas, que pudo articular un sistema de dominio categorizable como “imperial” (con su ideología de dominación correspondiente) fue la mexica (lo que los españoles llamaron “Imperio azteca”). No obstante, este caso presenta un problema: su estructura política (primera dimensión) se asemejaba más bien a una confederación de ciudades-estado que dominaban a otras ciudades-estado de una forma bastante difusa (prácticamente sustanciada en el pago de tributo y reconocimiento de superioridad), por lo que el grado de intervención que todo imperio requiere (tercera dimensión) está aquí en el límite de ser considerado como tal. El Japón Tokugawa podría tener la primera dimensión, pero por la importancia de los clanes y los *daimios*, sometidos a un *shogun* (en ciertos momentos obsesionado por mantener el aislamiento), el cual controlaba a un emperador con poderes simbólicos, está más cerca de la Europa feudal que de sus vecinos del otro lado del mar.

En Europa, predominaban las monarquías tardofeudales en un incipiente proceso de concentración del poder y desarrollo de un Estado más eficaz y centralizado (proceso de construcción del Absolutismo que continuará durante toda la Edad Moderna, con sus excepciones y fallas). En tres siglos, los países que participaron en la expansión transoceánica construyeron sus propios imperios mientras el Sacro Imperio Romano Germánico entraba en un declive ya perceptible con la incapacidad de Carlos V para desactivar la Reforma protestante, consolidado a partir de la Paz de Westfalia de 1648 y periclitado en 1806, cuando Francisco II de Habsburgo, la familia que había prácticamente copado el título desde el siglo XV disolvió un imperio que había perdido o difuminado las tres dimensiones imperiales. El emperador era ya sólo un nombre sin capacidad de movilizar una pirámide de poder efectivo; la ideología imperial, basada en la idea medieval de cristiandad universal y el legado de Roma ya no tenía sentido en una Europa *ubi*

rex imperator in regno suo est. Y respecto a la realidad de dominio, los únicos soldados que podía movilizar el Habsburgo de turno eran los que le permitía sentarse en el trono de Viena (con sus posesiones familiares). Aparte del *Reich*, existía otra experiencia imperial en la Europa del Renacimiento y los Descubrimientos: algunas repúblicas habían creado imperios comerciales en toda regla, en algunos casos interfiriendo y condicionando las decisiones de grandes potencias. El caso más claro es el de Venecia, que llegó, junto con Génova, a mediatizar la vida política de los últimos siglos del Imperio Bizantino y colocarse junto a los españoles frente a los turcos en ese choque de imperios que fue la batalla de Lepanto (1571).

Finalmente, algunos Estados combinarán política y comercio para, recogiendo las experiencias imperiales pasadas, desarrollar nuevos repertorios imperiales en intercambio (la mayoría de las veces violento) con otras sociedades y así construir sus propios imperios. Es el caso al principio de portugueses y españoles (entiéndase la Monarquía Hispánica) y después ingleses, franceses y holandeses (hubo pequeña participación de daneses y suecos, así como de alemanes en grandes cantidades, aunque a título personal; y de italianos, como técnicos e inversores). El resultado será una serie de territorios y pueblos insertos en monarquías complejas que presentarán una estratificación de poderes. Como es bien sabido, los inicios de la expansión tuvieron un importante componente de iniciativa privada, a través de huestes de conquista o de compañías privadas con carta de privilegio, pero las monarquías no tardaron en hacerse con el control de lo que podía ayudar a fortalecer su posición (o al menos intentarlo)³¹. Un caso especial es el de las Provincias Unidas, en el que las compañías comerciales (especialmente la *Vereenidge Oost-Indische Compagnie*, VOC) recibieron grandes atribuciones de soberanía (como muchas compañías de otros países), las cuales pudieron conservar por más tiempo gracias a las peculiaridades políticas de la metrópoli y la habilidad de sus directores (el Estado holandés no se haría con el control total de las colonias hasta el siglo XIX).

Con el tiempo, estos países europeos desarrollarían las tres dimensiones imperiales de una forma mucho más sutil pero esencialmente completa. Aunque no hubiera emperador como tal, nadie puede negar que la Monarquía Hispánica de Felipe II fuera una realidad imperial, una gigantesca monarquía compuesta que intervenía en gran variedad de teatros como potencia mundial. La Compañía Inglesa de las Indias Orientales (EIC) tenía muchas más relaciones con el gobierno británico que su homólogo holandés pero consiguió establecer en algunas partes de la India un dominio equivalente al de un Estado y desarrollar

³¹ Por ejemplo, las colonias inglesas en Norteamérica acabaron alcanzando un grado de autogobierno local mucho mayor que en la América hispana. Un clásico ya en este tema es ELLIOTT, John H., *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*, Madrid, 2006, que es a la vez una obra reconocida de historia comparada. Ésta proporciona el material de primera calidad para los historiadores globales (además de dotar de unas capacidades cognitivas y unas técnicas muy útiles para la *World History*).

unos repertorios de acción política y económica de tipo claramente imperial (como lo demuestra su evolución hacia el Raj en 1858, tras la rebelión de los cipayos).

Otros Estados europeos parecían en el siglo XVI firmes candidatos, por su extensión o el poder creciente de sus líderes, a la conformación de imperios territoriales poderosos (si bien no tan dinámicos como los político-comerciales europeos, muy dependientes del tráfico marítimo). Algunos, como la monarquía de los Romanov (especialmente a partir de Pedro I, que reinó de 1672-1725 y se tituló “emperador”), tendrán cierto éxito. Esta dinastía, sucesora tras un periodo de inestabilidad y guerras civiles, del primer zar, el Ruríkida Iván IV el Terrible (1547-1584), seguirá su propio camino encontrando en el espacio euroasiático su zona de expansión (sobre todo Siberia y ya en el siglo XIX, Asia Central), hallando su cultura imperial en una calculada combinación de lo ruso con la tolerancia hacia los otros pueblos súbditos del monarca y estableciendo en la figura del zar la cabeza imperial de un Estado con enormes pervivencias medievales y un fuerte énfasis en la prebenda y la dependencia de las élites boyardas y administrativas hacia la cabeza³².

En otros casos, las ilusiones imperiales naufragarán ante la incapacidad del centro de acumular suficiente poder y atraer a las partes, llegando en algunos momentos a observarse procesos de involución en las diversas esferas de la realidad histórica. Un ejemplo claro es la Mancomunidad polaco-lituana (1569-1795), también llamada “república aristocrática” por el carácter electivo de su monarquía y el gran poder de su nobleza o *szlachta*. Durante el siglo XVIII, no pudo impedir que sus vecinos, con una monarquía más fuerte y unos repertorios de poder más desarrollados, la asimilaran a través de sucesivas particiones.

III. REVOLUCIÓN, NACIÓN E IMPERIALISMO EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

El periodo que se extiende desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta la primera mitad del siglo XX supone la consolidación de la globalización moderna, cuantitativa y cualitativamente. El volumen de mercancías intercambiadas, capitales y mercados integrados, ideas e información transmitidas y producción conseguida en 1900 era exponencialmente superior al de 1700. Los economistas no dudan en hablar de globalización en este momento y los sociólogos, de movimientos sociales modernos. Comparando los dos momentos, se percibe que se ha pasado a otro nivel. Tradicionalmente, esto se ha explicado por la aplicación y extensión de un conjunto de innovaciones gestadas en el mundo occidental: nuevos conceptos e ideas políticas nacidas de la Ilustración (ciudadanía, soberanía, nación, derechos), nuevas soluciones técnicas derivadas del apogeo de la ciencia moderna, revoluciones industriales e industriales, cambios en el ciclo demográfico, urbanización; en definitiva, la “gran divergencia” entre Occidente y

³² BURBANK, J., COOPER, F., *Opus cit.*, pp. 258-276.

el resto del mundo cuyo eje fundamental es la intensificación o reestructuración de las conexiones globales pre-existentes a favor de los occidentales³³.

Una manifestación de estas innovaciones habría sido el aumento exponencial de la capacidad (y la necesidad) de dominar grandes extensiones de terreno antes que otros Estados lo hicieran en una suerte de nuevo colonialismo o “imperialismo”, claramente acelerado a partir de 1885-90. En este epígrafe, pese a que los trabajos de *World History* no son tan numerosos como en el anterior, se analizarán los cambios experimentados durante la Era de las Revoluciones y después se verá en qué afecta esta aceleración de la globalización a los imperios (europeos y extraeuropeos), lo cual acabará conduciendo a la cuestión del imperialismo.

Según Chris Bayly, la globalización arcaica gestada desde el siglo XV comienza a convertirse en globalización moderna durante una era de “revoluciones convergentes” de auténtica implicación global³⁴. Existe una línea historiográfica bastante fructífera para el tratamiento de estas revoluciones y renovada en los últimos años, la llamada *Atlantic History*, que contempla ambos lados del océano como un conjunto coherente aplicando muchos de los instrumentos de la Historia Global³⁵. Para ella, la Revolución e independencia de los Estados Unidos de América (1776-1783), la Revolución francesa (1789-1799, si se quiere con su derivación napoleónica hasta 1815), la Revolución haitiana (1791-1804), las Revoluciones ibéricas y la independencia de la gran mayoría de los territorios americanos de España y Portugal (1808-1824) forman parte de un gran ciclo revolucionario construido sobre un espacio considerado coherente como es el mundo atlántico³⁶.

³³ Concepto acuñado por Samuel Huntington en 1996 con gran influencia en las teorías de la globalización dominantes hasta hace poco (ese gran trecho se está acortando a pasos agigantados, especialmente con los llamados “países emergentes”). El historiador que le dio fuerza empírica fue POMERANZ, Kenneth, *The Great Divergence: China, Europe and the Making of the Modern World Economy*, Princeton, 2000.

³⁴ A decir verdad, hasta los últimos grandes desarrollos de la historia comparada y las corrientes de la *World History*, el interés de los historiadores por los aspectos globalizadores del fenómeno revolucionario no había sido muy grande, excepto aquellos con intereses o formación sociológica. Un resumen de las teorías de la revolución desde el enfoque sociológico en JULIÁ, Santos, “Sociologías de la revolución”, en VALDEÓN, Julio, FURET, François, HESPANHA, Antonio Manuel *et alii*, *Revueltas y revoluciones en la historia*, Salamanca, 1994, pp. 151-163. Un libro de enfoque amplio, que compara revoluciones de varias épocas desde una perspectiva global es RICHARDS, Michael D., *Revolutions in World History*, Nueva York, 2004.

³⁵ Vid. KLOOSTER, Wim, *Revolutions in the Atlantic world: a comparative history*. Nueva York, 2009; BENJAMIN, Thomas, *The Atlantic World: Europeans, Africans, Indians and their shared history, 1400-1900*, Nueva York, 2009; BAILY, B. (Ed.), *Soundings in Atlantic History: latent structures and intellectual currents, 1500-1830*, Cambridge-Londres, 2009; CAÑIZARES-ESGUERRA, Jorge, SEEMAN, Erik, R. (Eds.), *The Atlantic in Global History: 1500-2000*, Upple Saddle River, 2007.

³⁶ Durante muchos años, sin embargo, la corriente dominante fue la que, aun admitiendo cierta coherencia en el ciclo revolucionario, lo veía más desde una perspectiva exclusivamente europea y primaba los aspectos nacionales en los desarrollos revolucionarios. Vid. BERGERON, Louis, FURET, François, KOSELLECK, Reinhart, *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848*,

Reconociendo la importancia de esta corriente en la renovación de los estudios de las revoluciones liberales (muchas veces con historiografías nacionales ensimismadas y condicionadas por la mitificación posterior), también debemos recoger aquellos autores que van más allá y ven que los conflictos en el mundo atlántico son una parte más de un proceso de reacomodo y reconfiguración de las conexiones globales. Es el argumento de Bayly, que aplica el policentrismo de su base teórica sobre la globalización al desarrollo del relato e incluye en ese gran ciclo revolucionario, iniciado por una crisis militar y fiscal de las instituciones de Antiguo Régimen, conflictos de Asia y África antes ignorados, como el Movimiento Wahabí en la Península Arábiga (1740-1820), la Revuelta de Pugachev en la Rusia interior (1773-1774), las Revueltas Sijs en el norte de la India (1710-1800), y los problemas en el interior del Imperio Qing, como la Rebelión del Loto Blanco (1796) y la de la Secta de los Ocho Trigramas (1813), a lo cual se podrían añadir los conflictos en el norte de África, Birmania, Persia....³⁷

Con todo, la inmensa mayoría del material disponible para un historiador occidental traza un visión que sostiene que fueron las innovaciones económicas, políticas, sociales y culturales producidas en Occidente las que tendrían una significación mayor a la hora de explicar por qué Europa alcanzó su auge en el siglo XIX, por qué otros Estados querían imitarla y qué límites tenían tanto ese auge como esas “imitaciones”. Desde el punto de vista del objeto de este artículo, las dimensiones imperiales presentaron cambios tanto en las realidades imperiales de Europa como en las no europeas. Los Estados europeos experimentaron unas crisis imperiales en la era de las revoluciones al calor de las cuales forjaron los instrumentos de una nueva modernidad imperial. Algunos tuvieron éxito en el proceso, otros quedaron rezagados. Fuera de Europa, donde estas redefiniciones (a la espera del avance de la historiografía expuesta en el párrafo anterior) no fueron tan intensas, imperios que en el siglo XVIII consiguieron resistir de una forma más o menos eficaz, manteniendo gran parte de las esencias previas (como los Qing, los otomanos o los Romanov), tuvieron problemas al enfrentarse a unos occidentales cargados de nuevos repertorios imperiales, algunos de ellos más sutiles que la cañonera o la quinina. Consecuentemente, surgieron programas de modernización “a la europea” o de reorganización ante las nuevas circunstancias que supusieron una transferencia de repertorios de los occidentales a los demás, aunque muchas veces conservando elementos distintivos o acuñando caminos

Madrid, 1994 (1976); SIGMAN, Jean, *Las revoluciones románticas y democráticas de Europa*, Madrid, 1977.

³⁷ BAYLY, Ch., *Opus. cit.*, pp. 74-119. Un intento de aproximar la historia atlántica a los contextos globales en los que se inserta en ARMITAGE, David, SUBRAHMANYAM, Sanjay (Eds.), *The age of revolutions in global context, c. 1760-1840*, Houndmills, 2010. Ciertamente, la consideración del Atlántico como un marco coherente debe ser para aumentar la precisión analítica, no para negar otras realidades, como las relaciones de América con el Pacífico o los intereses de las “potencias atlánticas” en el Mediterráneo, el Índico y Extremo Oriente. Todo se presenta cada vez más relacionado de lo que parecía en un principio, aunque ya se otea en el horizonte el problema de la generalización y el desprecio en exceso de los factores locales y peculiares existentes en todos los casos, consecuencia de una cierta “euforia” en algunos autores por ver conexiones y comparaciones donde quizás no las hay.

propios hacia la modernidad sin salirse de la herencia imperial. Ejemplos claros son la “era Meiji” en Japón (1868-1912) o el *Tanzimat* en el Imperio otomano (1839-1876).

Quizás el legado más interesante del liberalismo revolucionario (que desarrollaría una pujante rama conservadora) son los debates y conflictos en torno a las nuevas ideas de la soberanía, la nación y los límites de la ciudadanía. Libertad, ciudadanía y racionalidad serían las grandes proclamas de la era positivista. El debate sobre la continuidad y ruptura parece menos importante si el enfoque se centra en las realidades imperiales, que más que cambiadas completamente, se ven transformadas. Al fin y al cabo, el sustrato europeo sobre el que las revoluciones actuaron era un protonacionalismo gestado en los siglos anteriores vinculado estrechamente con la monarquía y el imperio, esto es, todos los territorios y espacios de poder vinculados al Estado metropolitano³⁸.

La crisis de los imperios atlánticos (además de por causas económicas o sociales) tuvo mucho que ver con la aplicación práctica de esos principios: ¿Quién constituía la nación? ¿Quién pertenecía al pueblo? Durante la crisis, algunos intentos fueron de corte universalista, como la Constitución española de 1812, que imagina una inmensa nación imperial a ambos lados del Atlántico. Sin embargo, la dura realidad acabó imponiendo soluciones de compromiso que se materializan en nuevas formulaciones de soberanía estratificada y oligárquica que acabarían perdurando hasta el siglo XX. Incluso dentro de las propias metrópolis, el debate sobre la participación política y la integración social se sustanció en un larguísimo tránsito del liberalismo oligárquico a la democracia, de la sociedad de élites y clientelas a la sociedad de masas, y todo ello con muchos problemas y límites según los países³⁹. Con el objetivo de que otra crisis imperial no iniciara un peligroso proceso de contagio en base a las nuevas ideas, el Congreso de Viena de 1815 forjó un nuevo sistema interestatal en base al dieciochesco principio del equilibrio de poder y unos valores tradicionales compartidos. Esto no redujo las tiranteces ni por debajo ni por encima del nivel estatal pero sí las remodeló y contribuyó a la redefinición tensionada de las formas que tenían los imperios y sus gobernantes de resolver los conflictos (*Cfr.* rebelión griega de 1820; derribo del liberalismo en España en 1823; “revolución mundial de 1848”⁴⁰, etc.).

La clave está en profundizar en cómo todo esto afectó a los imperios. Jane Burbank y Frederick Cooper son de los pocos que se han atrevido a investigar sobre realidades imperiales de la época contemporánea, momento en el que parece que el imperio es una reliquia del pasado, algo a extinguir y opuesto a la

³⁸ “Desde inicios del XVII estaba muy en boga la idea de que las Monarquías podían ser el Imperio o, mejor aún, que toda Monarquía nacional que se preciara tenía que alcanzar necesariamente la «dimensión imperial»”. En BERNAL, Antonio Miguel, *España, proyecto inacabado. Costes/beneficios del imperio*, Madrid, 2006, pp. 78-79.

³⁹ BURBANK, J., COOPER, F., *Opus.cit.*, p. 341 y ss.; MOMMSEN, W. J., *Opus.cit.*, p. 90 y ss.

⁴⁰ WALLERSTEIN, I., *Análisis de sistemas-mundo...*, p. 90.

modernidad, intentando encontrar una larga duración desde la Antigüedad hasta la actualidad en la existencia de realidades imperiales⁴¹. Ellos se preguntan:

“¿Qué es, pues, un imperio, y cómo distinguirlo de otras entidades políticas? Los imperios son grandes unidades políticas, son expansionistas o tienen nostalgia de expansión territorial, son gobiernos estatales que mantienen las diferencias y las jerarquías a medida que van incorporando otros pueblos. La nación-estado, en cambio, se basa en la idea de un único pueblo en un único territorio, y constituye una única unidad política. Proclama la igualdad de su gente—aunque la realidad sea mucho más compleja—, mientras que el imperio-estado declara la desigualdad de un sinfín de pueblos. Uno y otro tipo de Estado son inclusivos—hacen hincapié en que la gente sea gobernada por sus instituciones—, pero la nación-estado tiende a la homogeneización de la población que abarcan sus fronteras, excluyendo a las demás, mientras que el imperio va más allá e impone, normalmente con métodos coercitivos, su poder sobre pueblos claramente distintos entre sí”⁴².

No se entrará aquí en los problemas de esta definición ni en los debates sobre qué es una nación o una comunidad nacional y cuáles son sus orígenes⁴³. Sin embargo, se quiere señalar que el fenómeno nacional, inherentemente unido a las cuestiones sobre la libertad, los derechos y la ciudadanía, acaba afectando transversalmente a las tres dimensiones de la realidad imperial (no eliminándolas) y, combinándose con otras innovaciones y recepciones, termina redefiniendo los términos en los que los historiadores deben utilizar el concepto de imperio en el discurso historiográfico, no desplazándolo del relato sobre la época contemporánea⁴⁴.

⁴¹ Efectivamente, los historiadores dedicados al estudio de los últimos dos siglos no han mostrado tanto entusiasmo por los enfoques de la *Global History* como algunos modernistas, al menos en Europa. Quizás por la influencia de otras ciencias sociales más centradas en el propio hecho global o porque las vanguardias de los diversos contemporaneísmos sintonizan menos con sus principios. También puede ser porque ya desde los años 60-70 han ido apareciendo obras sobre el siglo XIX, el periodo 1914-1945 y, más recientemente, el mundo actual, cuyo enfoque comparativo/internacionalista y fuertemente entintado de conceptos tomados de la Economía, la Sociología o la Politología ha tenido unos efectos de apertura e interés por una globalización ya obvia, por lo que las inquietudes que dieron lugar a la *World History* estaban ya parcialmente satisfechas. Sin embargo, la integración está siendo aparentemente fácil y en este artículo también beberemos de obras no propiamente de historia global pero sí de historia imperial, diplomática o comparada. Con todo y con eso, algunos historiadores estadounidenses sí han extendido explícitamente los enfoques globales al mundo contemporáneo. Vid. GETZ, Trevor R., STREETS-SALTER, Heather, *Modern Imperialism and Colonialism: A Global Perspective*, Upper Saddle River, 2010; NORTHROP, Douglas, *An Imperial World: Empires and Colonies since 1750*, Upper Saddle River, 2012.

⁴² BURBANK, J., COOPER, F., *Opus. cit.*, p. 23.

⁴³ Baste citar dos visiones bastante diferentes: HOBBSAWM, Eric, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, 2004 (1990); SMITH, Anthony D., *Nacionalismo*, Madrid, 2004 (2001). Para nuestro interés, creemos que la visión del último se corresponde mejor con los grandes ciclos, espacios y enlaces con los que trabaja la historia global, permitiendo una aproximación más flexible a la complejidad de las realidades imperiales en las transiciones hacia la globalización moderna.

⁴⁴ De hecho, los conceptos de imperio e imperialismo no han salido del todo de la historiografía anterior a la *World History* (al menos la dedicada al siglo XIX), aunque no tengan los matices que aquí les damos. Un ejemplo de visión sintética convencional del “largo siglo XIX” es la conocida

Quizás Estado-nación e imperio son incompatibles en un sentido tradicional de las realidades imperiales, pero desde una perspectiva mucho más flexible, un Estado contemporáneo, acompañado de un imaginario colectivo nacional, titular a su vez de una realidad imperial que quiere y debe conservar para fortalecimiento interno (de la propia nación metropolitana) e intimidación de los rivales, puede constituir (con sus tensiones) un mismo crisol de lo nacional y lo imperial.

Por lo tanto, nación e imperio no son incompatibles ni necesariamente tenían los imperios que sucumbir ante los procesos de construcción nacional. De hecho, algunas identidades nacionales se construyeron precisamente en clave compuesta y no homogénea, con grandes vínculos con sus realidades imperiales⁴⁵. Todo esto no implica que el mundo de 1900 fuera el mismo que el de 1500, que no surgieran otras formas de organización política también muy potentes y que las formas de imperio de un momento no tuvieran que cambiar en cuatro siglos y combinarse con otros elementos que les ayudaran a adaptarse, pero no necesariamente a desaparecer.

Una gran parte de Europa salió reforzada de la crisis mundial revolucionaria que trajo una redefinición completa de los fundamentos de sus sociedades y sus Estados, no sin procesos largos y muchas veces dolorosos. La ideología liberal y el capitalismo industrial tuvieron que hacer concesiones al Antiguo Régimen, pero las nuevas ideas que se habían puesto en funcionamiento aquellos años no podían desaparecer sin más. Como ya hemos mencionado, un nuevo sistema interestatal comenzó a partir del Congreso de Viena de 1815 y, con sus modificaciones, pudo evitar mal que bien otra conflagración global hasta su definitiva descomposición a partir de 1890. Estos cambios estructurales también afectaron a las realidades imperiales y la forma en que sus dimensiones se combinaban, dando como resultado nuevos repertorios y nuevas instrumentalizaciones de la ideología imperial. Es muy común entre la historiografía hablar de un colonialismo antiguo, propio de los arcaizantes imperios ibéricos, poco capaces y ociosos (por ej. la América española del siglo XVI), y de un imperialismo moderno decimonónico, este sí, la versión madura de la civilización europea, llevada a cabo fundamentalmente por países septentrionales (como los británicos en África). La

trilogía del historiador marxista británico Eric Hobsbawm, cuyo enfoque integrador, por muy discutible que sea, ha tenido gran predicamento. Vid. HOBBSAWM, E., *La era de la revolución, 1789-1848*, Barcelona, 2003 (1962); *Ídem, La era del capital, 1848-1875*, Barcelona, 2003 (1975); *Ídem, La era del imperio, 1875-1914*, Barcelona, 2003 (1987).

⁴⁵ El caso inglés es muy claro y presenta un interesante contrapunto con el francés. Durante la época de los Tudor, la identidad inglesa estaba perfectamente diferenciada y formada. Tenía su antagonista en Escocia y sus “bárbaros” en los irlandeses. A partir de que el Parlamento aprobara las *Acts of Union* de 1707 se creó el “Reino Unido” que conocemos actualmente, un compuesto administrativo con una identidad nacional que, por compuesta, no fue menos eficaz. Éste es un ejemplo de que las naciones no tienen necesariamente que venir de Estados revolucionarios ni hacer de la homogeneidad el instrumento violento del fortalecimiento patrio. El gran libro sobre la construcción de la identidad británica, cuyas fechas simbólicas son la propia unión de los reinos y la ascensión al trono de la reina Victoria I, es COLLEY, Linda, *Britons: Forging the Nation, 1707-1837*, New Haven, 2005 (1992).

línea divisoria entre ambos estaría en las revoluciones que separan la Edad Moderna de la Contemporánea⁴⁶. Pues bien, esta distinción resulta un tanto ridícula para un historiador global, que enmarca todo el fenómeno en el proceso de globalización, por mucho que pueda resultar espectacular el dato de que en 1914 más de un tercio del territorio mundial dependiera directamente de una potencia colonial⁴⁷. Así, la “era del imperialismo”, tal y como se la conoce en la historiografía convencional, fue una intensificación de los procesos de globalización moderna apuntados en la era de las revoluciones, a través de la eclosión de la (segunda) revolución industrial en algunos países, del nacionalismo militante en muchos y de la voluntad de fortalecer el Estado y no quedarse atrás en la carrera de la modernidad en casi todos. Esto fue configurando un cambio de escenario que explotaría a partir de 1914, pero existen muchas líneas que unen el mundo de 1914 todavía con el de 1789, tanto en Europa como fuera de ella. La desaparición total de la globalización arcaica todavía no había llegado⁴⁸.

Como la cuestión de la nación, el debate sobre el imperialismo ha sido tan instrumentalizado que casi es otro escenario más de combate. Todos los mitos tienen partes de verdad y de ficción. Y sobre el imperialismo se han creado muchos mitos y ha habido gran cantidad de definiciones⁴⁹. Por supuesto, ya desde la propia época existían numerosos apologetas y en los años posteriores la descolonización dio a luz a sus propios propagandistas. Destacan dos grandes obras clásicas que condicionaron el concepto de imperio en ese momento y de las cuales se han colegido concepciones de “momento único” que creemos deben ser rebajadas. El liberal británico J. A. Hobson publicó en 1902 *Imperialism: A Study*, donde defendía que el imperialismo se explicaba por la necesidad de las oligarquías europeas por ampliar sus mercados y maximizar sus beneficios a través de una mejor inversión de capitales (análisis posteriores de la inversión afirman que los occidentales no gastaron tanto en sus colonias; de hecho fueron bastante baratas y los costes de gobierno solían caer en los recursos de los gobernados, al menos hasta entrado el siglo XX)⁵⁰. Este argumento económico,

⁴⁶ Muchas de las obras de calidad que tratan este periodo, gran parte de ellas procedentes de la *Imperial History* anglosajona, están peligrosamente entintadas de una cierta nostalgia imperial o exaltación de los “logros imperiales” en clave nacionalista o al menos eurocéntrica, como si el desarrollo y la eficiencia estuvieran escritas en el ADN de los pueblos anglosajones y germánicos. Esto hace que obras de gran solvencia historiográfica empiecen a plantear dudas en algunos campos. Un ejemplo en LANDES, David S., *La riqueza y la pobreza de las naciones. Por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres*, Barcelona, 2008 (1998). Una visión del imperialismo en clave positiva, pero sobre todo, un eficaz alegato contra las teorías anticoloniales (ejemplificado en el hecho del empeoramiento de la situación a la larga de la mayoría de los territorios coloniales después de la independencia) en las pp. 385-402.

⁴⁷ BURBANK, J., COOPER, F., *Opus. cit.*, p. 392.

⁴⁸ El tema de las pervivencias no ha sido lo suficientemente tratado por los historiadores. La obra clásica en este tema, y desgraciadamente sólo para Europa, sigue siendo MAYER, Arno J., *La persistencia del Antiguo Régimen: Europa hasta la Gran Guerra*, Madrid, 1984 (1981).

⁴⁹ Una aproximación teórica más completa en ETHERINGTON, Norman, *Theories on Imperialism: War, Conquest and Capital*, Totowa, 1984; CALLINICOS, Alex, *Imperialism and Global Political Economy*, Cambridge-Malden, 2009.

⁵⁰ BURBANK, J., COOPER, F., *Opus. cit.*, p. 429.

tan relacionado con el desarrollo del capitalismo, influyó de gran manera en Lenin, quien en 1916 publicó *El Imperialismo: fase superior del capitalismo*, donde argumentaba que el “sistema imperialista” suponía el cénit de un sistema histórico internamente contradictorio y que por tanto la situación para el colapso del sistema y la llegada del socialismo estaba próxima a su madurez. Ya en el siglo XX, la asociación de capitalismo con imperialismo es una forma de entender la dependencia y la explotación que alimentó la literatura anticolonial y, cuando una vez independientes las experiencias de los territorios fueron aún más desastrosas en muchos casos, proporcionó el material para el argumento victimista, que se extiende desde los países latinoamericanos con España hasta los países africanos con sus antiguas metrópolis, como Francia o Bélgica.

Por su parte, tanto Wallerstein como los McNeill ven el periodo como un paso más en el desarrollo de su argumento, sustanciado en un aumento de la tensión de las dinámicas globalizadoras y una ampliación de las estructuras que explican en sus teorías, esto es, el sistema-mundo moderno (economía-mundo capitalista) o la red humana global (las luchas por el control y las contradicciones del proceso llevarían a la crisis de la primera mitad del siglo XX)⁵¹. Ciertamente, las diversas corrientes de la *Global History* priman los factores de continuidad a la hora de explicar el nacionalismo y el imperialismo, aunque la mitificación patria introduzca un factor de distorsión en los estudios de caso. Por todo ello, el concepto de imperio mantiene su operatividad científica y no presenta grandes rupturas con el panorama configurado después de las guerras napoleónicas, salvo la actualización necesaria de sus dimensiones que imponen los comienzos de la maduración de los cambios de ciclo largo propios de la globalización moderna, que ya se atisban en la Era de las Revoluciones.

Algunos historiadores se atreven a ir más allá y a completar el argumento, desafiando la sacralizada visión de unos “vencedores” que desarrollan los elementos de la modernidad y una gran masa de “rezagados y perdedores” que recibirán la luz de la civilización de sus más avanzados hermanos mayores a través del imperialismo. Es el caso de Bayly, quien sugiere que el nacionalismo no es algo exclusivamente europeo, que sobre las recepciones a través del imperio las sociedades extraeuropeas desarrollaron sus propios proyectos de modernidad que entrarían en mezcolanza o competencia con la intervención occidental. La transición de la globalización arcaica a la moderna se realizaría no en clave de sustitución sino de combinación de unos vínculos antiguos con otros nuevos y su redefinición en términos de nación e imperio. De ello emergió una tensión paradójica entre una mayor parcelación del mundo en todas sus dimensiones (mapas con fronteras claramente trazadas, pasaportes, convenios internacionales, demarcaciones nacionales de la actividad económica, la educación, la prensa,

⁵¹ MCNEILL, J. R., MCNEILL, W. H., *Opus. cit.*, pp. 239-324. Sobre el aumento del tamaño y la complejidad del sistema-mundo moderno en los últimos dos siglos, conducente (según el autor) por su estructura y actual grado de desarrollo a crisis sistémicas, *Vid.* WALLERSTEIN, I., *Análisis de sistemas mundo...*; *Ídem*, *Historical Capitalism with Capitalist Civilization*, Londres-Nueva York, 2003 (1983); ARRIGHI, Giovanni, SILVER, Beverly J. *et alii*, *Opus. cit.*

procesos de uniformización nacional...) y la articulación de un internacionalismo de carácter moderno (y a veces anti-sistémico) cimentado por ideas y valores comunes (el ejemplo más claro es el movimiento obrero). Y precisamente esto fue posible a tal escala gracias al marco interconectado que ofrecían los Estados occidentales a través de su desarrollo metropolitano y sus imperios coloniales. En definitiva, “el imperialismo y el nacionalismo eran partes del mismo fenómeno”⁵².

Para terminar este epígrafe, conviene esbozar algunos casos desde el enfoque de nuestras dimensiones imperiales y ver cómo el imperio, de una u otra forma, está presente en todas las potencias o aspirantes a potencia de la época. A partir de las guerras napoleónicas, la primera dimensión imperial (imperio como Estado) se extendió como la pólvora después de la coronación de Napoleón, acompañada del consabido boato y simbología. Sin embargo, como hemos dicho la proclamación imperial no basta para ser un imperio. De hecho, muchos Estados buscaron tal denominación como forma de atracción de prestigio. Algunos la acompañaron de un sistema administrativo de carácter compuesto pero, sin el desarrollo de las otras dimensiones imperiales, la proclamación parecía un mero paramento para el ocupante o los ocupantes del poder de turno. Por vicisitudes y transferencias de legitimidad derivadas de sus procesos de independencia y articulación de un sistema liberal oligárquico, algunos Estados latinoamericanos proclamaron el imperio. México lo hizo dos veces, con Iturbide contra España en 1821-23 y en 1863-67, en la persona de Maximiliano de Habsburgo gracias a una intervención de potencias europeas. La monarquía que una rama de los Braganza articuló en Brasil desde la independencia fue un régimen oligárquico, con grandes tensiones territoriales en algunos momentos, que se hizo llamar imperio hasta su disolución en 1889. Incluso Jean-Jacques Dessalines, el primer gobernante del Haití independiente, un territorio devastado y con bastantes enemigos, se proclamó emperador en 1804. Estos países tenían muchos problemas pendientes, entre ellos el de la construcción nacional. Los resultados fueron muy desiguales y el imperio pareció más un puntal de la solución de turno que una caracterización esencial del sistema⁵³.

Las nuevas ideas políticas de soberanía nacional y ciudadanía propias del liberalismo obligaron a un cambio en la articulación del poder y en el sistema jurídico, en la mayoría de los casos muy moderado y gradual. Tanto en los Estados jóvenes como en los de más larga trayectoria, la composición y diversidad política propias de las estructuras imperiales buscaron un camino hacia la modernización a través de sistemas federales y confederales, diferenciaciones entre “nacional” y “ciudadano” (con diferentes derechos políticos) y calculadas incorporaciones de ideologías universalistas a la esfera política (derechos humanos, solidaridad y filantropía, ampliación del sufragio y la participación política). Las tensiones centro-periferia pasaron a otro nivel de debate ante el retroceso de los poderes absolutos, personales y patrimoniales en parte de Europa.

⁵² BAYLY, Ch., *Opus. cit.*, p. 257.

⁵³ Sobre este proceso *Vid.* ANNINO, Antonio, GUERRA, François-Xavier (Coords.), *Inventando la nación: Iberoamérica. Siglo XIX*, México, 2003.

Aparecieron nuevos problemas debatibles, como quién formaba parte de la nación y en qué términos de unión o qué grado de autogobierno o dependencia convenía a cada parte del imperio. La “Europa napoleónica” es un caso privilegiado para un imperio que intentó reunir las tres dimensiones en clave moderna. Wallerstein diría que fue el intento por construir un imperio-mundo. Desde luego, la estructura de un imperio interior dividido en departamentos y un glacis defensivo de Estados nominalmente independientes pero sujetos a Francia por, entre otras cosas, los lazos de familia de los reyes títeres con Napoleón Bonaparte, cubre con creces los requisitos de la primera dimensión. Y habría sido interesante ver su evolución si Napoleón hubiera aceptado integrarse en el sistema interestatal vigente en lugar de chocar con todos los demás (imperios incluidos), sellando el fracaso de su propio proyecto imperial y dejando abierta la puerta del legitimismo en Francia y la contrarrevolución en algunos Estados en los que el liberalismo se implantó difícilmente y bajo formas muy características, como en España, Portugal o Austria.

Pasado el fervor revolucionario y consolidada la tendencia de un nuevo ciclo de expansión ultramarina (el llamado “imperialismo moderno”), la antinomia entre igualdad y diferencia, lealtad imperial de los intermediarios y autodeterminación intentó resolverse con nuevas formulaciones políticas. Las políticas de la diferencia partían de la propia consideración de cada parte dentro del imperio: territorio nacional, dominio, colonia de poblamiento, territorios con estatus de ciudadanía especial, condominio de varios Estados, zonas de influencia (la más difusa de todas las formas de presencia imperial) y, más tarde, fideicomisos y Estados asociados. Un ejemplo excelente es el británico, aunque las otras potencias y demás países con colonias hacia 1914 tuvieron que enfrentar problemas similares⁵⁴. Gran Bretaña era de por sí un Estado-nación compuesto con una monarquía parlamentaria que fue progresivamente conformando un sistema democrático durante el siglo XIX y principios del XX. La monarquía y el imperio eran elementos consustanciales a la nación. La administración de la soberanía y la delegación del poder se ejercían según las diferentes fórmulas político-administrativas que se han citado. Canadá y Australia no eran lo mismo que la India ni estos tres lo mismo que Nigeria. En un periodo de construcción, la burocracia imperial pudo salvar el papel sin gastar demasiado, pero las tensiones larvadas no tardarían en manifestarse en cuanto el centro entrara en crisis y los pueblos integrados en la estructura imperial desarrollaran sus propias formas de resistencia en clave moderna. Con todo, los países europeos hallaron fórmulas políticas compuestas que siempre acabaron diferenciando la metrópoli de las colonias.

⁵⁴ Así como la estabilidad emocional de muchos historiadores franceses peligraría sin la revolución y Napoleón, a algunos británicos les pasa lo propio con su imperio. Sobre él se ha escrito muchísimo y de gran calidad, pero muy mediatizado por resabios nacionalistas y nostalgias del imperio, que parecen afectar incluso a los autores más brillantes. Un ejemplo en FERGUSON, Niall, *Empire: How Britain Made the Modern World*, Londres, 2003. Otro libro interesante, más divulgativo: BRENDON, Piers, *The Decline and Fall of the British Empire, 1781-1997*, Londres, 2008.

Desde el punto de vista burocrático y de administración territorial del poder, la modernización fue más difícil en aquellos Estados con un fuerte anclaje al pasado o que fueron incapaces de encontrar un sendero poco accidentado. En la propia Europa había imperios a medio camino entre el estilo territorial-burocrático de Antiguo Régimen y el federalismo moderno. El reino de Prusia aprovechó las corrientes nacionalistas alemanas y fabricó un Estado a sangre y fuego desde 1864 integrando una serie de Estados en un sistema teóricamente federal y descentralizado pero fuertemente autoritario en la práctica. El caso alemán demuestra, de otra forma, cómo un Estado-nación y un imperio pueden ser compatibles. En los territorios dominados por los Habsburgo, el problema nacional tenía la formulación inversa al de Alemania. El punto de inflexión en el gobierno de ese heterogéneo conjunto de pueblos, etnias y lenguas con diferentes derechos y tradiciones fue el Compromiso o *Ausgleich* de 1867, en el que el emperador se consolidó como clave de bóveda del Estado y los húngaros (no en cambio otros pueblos) vieron satisfechas sus reclamaciones nacionales, creándose una monarquía dual (Imperio Austro-húngaro). Fuera de Europa, el compromiso con el pasado fue aún mayor. Mientras los manchúes daban signos cada vez mayores de esclerosis, la Constitución japonesa de 1889, surgida de la Revolución Meiji, transformaba el régimen político del país en una monarquía con un emperador a medio camino entre el parlamentarismo británico y el autoritarismo alemán. El sistema de prefecturas y la abolición de las reminiscencias feudales (samuráis incluidos) no hicieron que el poder dejara de ser elitista pero sí constituyeron signos de una modernización muy rápida y eficaz, a nivel económico, político y social (como la alemana), que no tardaría en expresarse en clave imperial. Ahora sí, Japón cumplía la primera dimensión de forma suficiente y en muchos sentidos, a su manera⁵⁵.

Otros Estados no europeos, proclamados imperios o no, desarrollaron las bases a nivel político para la construcción y administración de sus propios imperios (muchas veces de forma más eficaz que los imperios ya existentes en 1800). No fue su sistema político lo que convirtió a los Estados Unidos en un imperio, pero la forma en la que la política acabaría articulándose en las antiguas colonias inglesas de Norteamérica puso las bases para que acabara desarrollando el resto de las dimensiones. No hay que olvidar que los Estados Unidos fueron de la confederación a la federación en un periodo convulso de construcción nacional cuyas contradicciones y limitaciones respecto a la soberanía de los Estados y la inclusión en la ciudadanía de según qué grupos (como la población negra) continuarán candentes como mínimo hasta la guerra civil (1860-1865). Los Estados Unidos eran una república, pero con un presidente que tenía *a priori* unos poderes muy cercanos a los de un monarca constitucional en Europa. De hecho, no es raro hablar de un rey-presidente, hasta el punto de que uno de ellos, Andrew Jackson (1829-1837), llegó a ser caricaturizado como “King Andrew”. No obstante, el gran valor de los EEUU es que introduce una novedad en esta primera dimensión sobre la forma de expandirse y qué estatus político-administrativo

⁵⁵ BURBANK, J., COOPER, F., *Opus.cit.*, pp. 410-412.

recibe ese territorio incorporado. Los grandes imperios asiáticos o africanos se expandían territorialmente sometiendo a los diversos pueblos a estatus diversos. Rusia, China y el Imperio otomano son buenos ejemplos. Los imperios europeos de la Edad Moderna eran el resultado de políticas matrimoniales o incorporación de territorios al patrimonio del soberano, que disponía de ellos de diversa forma. La soberanía estatificada pasó de ser en ejercicio a ser en esencia con las revoluciones liberales. La palabra “pueblo” se cargó de significado nacional soberano y con esas palabras comienza la Constitución estadounidense de 1787 (*We, the People of the United States*). Como consecuencia de ello, los imperios europeos modernos tuvieron que enfrentarse al problema de los diferentes estatus administrativos y reconocimientos políticos de los territorios que incorporaban, sobre todo en contraste con los derechos que reconocían a sus ciudadanos metropolitanos.

En cambio, los Estados Unidos no discurrieron por ese camino que acabaría en la descolonización. Lo singular de los Estados Unidos es que a la vez que la nación se ampliaba hacia el oeste, se estaba construyendo un imperio transcontinental, desatando y puliendo unas dinámicas que colocaron a ese pequeño país de menos de 4 millones de habitantes en el censo de 1790 en la posición de un coloso de 76 millones, industrializado y perfectamente armado con el que tuvo que enfrentarse España en 1898. Uno de los grandes hitos legislativos de este proceso fue la Ordenanza del Noroeste de 1787, por la que establecía, previa creación de “territorios”, la incorporación de nuevos Estados a la Unión, en condición de igualdad con los Estados anteriores. Esto equivalía a que los Estados Unidos se negaban a tener colonias y de hecho después del “cierre de la frontera interior” hacia 1890 (no sin muchísimos problemas y tensiones), siempre se sintieron incómodos con ese calificativo, elaborando una serie de componendas como “Estado tutelado” o “Estado asociado” para los lugares objeto de su política imperial (Cuba, Filipinas, Puerto Rico y, en algunos momentos, puntos estratégicos como Panamá y República Dominicana). Por lo tanto, ya antes de 1945, ciertos Estados comenzaron a madurar formas de poder no explícitamente imperiales pero que les serían de utilidad con posterioridad.

La segunda dimensión tiene que entenderse desde los nuevos credos de la modernidad y el positivismo científico que acabarían por imponerse. La superioridad del hombre blanco (en su versión más benévola, cargada de connotaciones morales y paternalistas al estilo de la *white man's burden*), la tecnología occidental y la idea de “actuar como los europeos para poder defenderse de ellos” son en sí resultado de relaciones imperiales. Sin embargo, es en el campo del nacionalismo donde esta dimensión se hace más presente. La imaginación nacional y las representaciones del imperio son dos elementos cuyo fortalecimiento es recíproco. Incluso en Estados no proclamados imperios y con repertorios imperiales bastante precarios o en construcción la idea de formar parte de un imperio fue empleada recurrentemente. Algunos Estados (como los de Prusia y Piamonte) intentaron aprovechar ciertas derivaciones ideológicas de la “Era de las Revoluciones” en su propio beneficio, aunque en otros casos éstas

actuarían en contra de los imperios (como el Otomano), incluso ya entrado el siglo XX: movimientos pangermanista, paneslavista, panarabista, etc.

El caso más claro de Estado moderno que desarrolla la segunda dimensión es el británico, donde la pompa y el imaginario imperial es fundamental incluso para la propia construcción nacional (imperio y nación van de la mano, un decaimiento en el primero implicaría, en cierto modo, un efecto en la segunda). El fortalecimiento interno y la exaltación nacional o de los elementos de cohesión de turno es clave para la elaboración de un programa simbólico y una propaganda destinada a desarrollar una “mentalidad de imperio” transversal y, si se puede, interclasista. Así, las percepciones del imperio casi son tan importantes como el imperio mismo⁵⁶. En las monarquías, el título de rey-emperador fue recurrente. Los soberanos británicos lo llevaron desde que Victoria I recibiera la corona de emperatriz de la India de Benjamin Disraeli en 1857. Lo mismo le ocurrió al rey de Prusia a partir de 1871 (*Deutscher Kaiser und König von Preußen*) y al emperador austro-húngaro a partir del Compromiso de 1867. Pero incluso las repúblicas desarrollaron un imaginario imperial si les convenía. La literatura y el arte absorbían parte de las influencias de los territorios colonizados pero también participaban de la propaganda de difusión de la civilización que sostenían los europeos. Los Estados Unidos avanzaban sobre los pueblos indígenas de Norteamérica porque era su “Destino Manifiesto” y en virtud de la doctrina Monroe, ningún país podía crear colonias en el área de influencia norteamericana. Como otras potencias, la III República francesa desarrolló un régimen jurídico diferente al de la metrópoli (*Indigénat*) que rompía los principios teóricos que propugnaba y en la práctica recogía numerosas crueldades. En virtud de su condición de superiores, los europeos pudieron intervenir en estados soberanos como China, establecer protectorados (Francia en Indochina, Gran Bretaña en Egipto, etc.) y crear colonias que permitieran “conducir a los pueblos atrasados hacia la modernidad”.

Los imaginarios imperiales eran necesarios para mantener el conjunto unido pero sobre todo eran útiles en y entre las metrópolis. Una victoria suponía una explosión nacionalista, una derrota podía crear una crisis nacional o estimular un nacionalismo más acervado. La imaginación imperial se estimuló incluso en los casos más modestos, como Portugal, España o Italia y en los casos extraeuropeos, especialmente Japón, que desarrolló una potentísima ideología imperialista a partir finales del XIX, relacionada, por supuesto, con el nacionalismo nipón y el militarismo creciente, que se afanaba por presentarse a los pueblos asiáticos como el “señor natural” para su tutela y desarrollo. El ideario imperial, hacia los súbditos o hacia el mundo, tuvo mucho éxito en el caso occidental porque supo combinarse bastante bien con las otras dos dimensiones y contenía la dosis justa de ideas universales para que fuera intelectualmente defendible y tuviera la

⁵⁶ La importancia de las percepciones, muy relacionada con los procesos de nacionalización, existe en todos los proyectos imperiales, independientemente de su éxito, pero el caso más claro es el británico. Vid. CANNADINE, David, *Ornamentalism: How the British Saw Their Empire*, Nueva York, 2001.

flexibilidad suficiente para alcanzar una alta aplicabilidad. Gran Bretaña llenaba el mundo con sus proclamas antiesclavistas y librecambistas cuando esto la favorecía, hasta el punto que Gallagher y Robinson hablaron de un “imperialismo de libre comercio”, aunque el resultado de las guerras provocadas por él acabaran siendo tratados desiguales. Un ejemplo son las Guerras del Opio en China (1839-42; 1856-60). Por su parte, mientras el “sueño americano” atraía a millones de inmigrantes a un país con una frontera llena de posibilidades, los próceres estadounidenses comenzaron a darse cuenta del inmenso potencial de ese “imperio de la libertad” que proclamaba Thomas Jefferson en 1780 y que tanta utilidad tendría en el futuro.

Por último, el “largo siglo XIX”, tomando las palabras de Hobsbawm, ofrece un extraordinario vivero para ejemplos de conflicto interimperial y desarrollo y aplicación de repertorios de poder (tercera dimensión), sobre todo cuando la situación global está ya muy trabada (a todos los niveles) y ésta se define en términos de “carrera” o de “delirio imperialista”, como observa W. J. Mommsen⁵⁷. Desde luego, los Estados que ofrecen un desempeño más dinámico son los imperios occidentales, los dominantes en la esfera internacional, aunque la asimilación y la producción de mecanismos imperiales propios también se dieron en imperios no occidentales. Por ejemplo, los italianos firmaron con el emperador etíope Menelik II un tratado cuya versión en italiano convertía a Etiopía en un protectorado suyo, lo cual no constaba en la copia escrita en amárico. Los etíopes no tardaron en romper el tratado. El ejército italiano invadió el país y sufrió una estrepitosa derrota en Adua (1896), ante un ejército imperial etíope mejor posicionado y armado con rifles y artillería. Aunque el Levantamiento de los bóxers (1899-1901) fracasó finalmente, fue una muestra de que algo se estaba moviendo en China y produjo centenares de muertos entre los europeos residentes en Pekín, haciéndose necesaria una intervención combinada de ocho imperios para neutralizarlo. En Sudáfrica, los británicos tuvieron verdaderos problemas para someter a los zulúes durante todo el siglo XIX. Éstos llegaron a infligirles la gran derrota de Isandhlwana en 1879, la cual debilitó enormemente el gobierno de Disraeli y tuvo tal impacto que, a pesar de la posterior victoria, lo hizo caer al año siguiente. Las conexiones globales también podían ir de las colonias a las metrópolis, a veces con resultados inconvenientes.

Cuando se abordó el imperialismo se recogieron una serie de teorías sobre sus causas últimas. A la hora de analizar cómo operaban los imperios y qué eran las realidades imperiales del momento, el argumento que aquí se desarrolla debe mucho a aquellos historiadores que ligan el imperialismo precisamente al desarrollo de los repertorios imperiales ante un proyecto imperial (auspiciado por políticos, burócratas, militares y propagandistas), una necesidad estratégica (bien geopolítica bien por un recurso) o una crisis planteada. Es el caso de la adquisición francesa de Túnez contra Italia en 1881-82, las Guerras Boers en Sudáfrica (1880-81; 1899-1902) o la Guerra del Rif (1911-1927), que acabó consolidando a España y Francia

⁵⁷ MOMMSEN, Wolfgang, J., *La época del imperialismo. Europa, 1885-1918*, Madrid, 2002 (1969), p. 137, muy útil para el seguimiento de las tensiones entre Estados que condujeron a la Primera Guerra Mundial.

en Marruecos. Es más, esos repertorios imperiales se mimetizan y constituyen una experiencia para el futuro. La talasocracia británica en el siglo XIX ya se venía gestando desde el siglo XVIII y el papel británico jugado en el Tratado de Utrecht de 1713 perfila los resultados del tratado de Viena de 1814-15; en ambos Gran Bretaña se erigía como pieza clave del sistema internacional de Estados y se hacía con posiciones estratégicas. En 1800 la expansión a través de compañías comerciales con cartas de privilegio pertenecía a los repertorios del pasado. Desde 1773 el Parlamento legislabo para una supeditación cada vez mayor de la EIC a los intereses del Estado británico. En 1858 perdió el gobierno de la India, que pasó a depender de la Corona, y fue finalmente disuelta en 1874. La experiencia de expansión imperial en la India (protección del *diwani*), guarda muchas similitudes con otros escenarios imperiales, como la expansión por el Nilo hacia Sudán a través del control de la “caja de la deuda” otomana en Egipto y la securización del Canal de Suez. Sin embargo, así como no todas las veces los imperios son un pozo de desgracias y explotación, no todas el imperio vence. El Imperio británico fue incapaz de encontrar una solución imperial para Irlanda, pese a que en 1914 ya se habían aprobado tres *Home Rule Bills*⁵⁸. La consecuencia fue una independencia problemática (1922) que producirá la partición de la propia isla y una violencia endémica cuya resolución definitiva es incierta.

Con las conexiones globales intensificadas y el territorio del mundo cada vez más ocupado, los choques entre imperios, como el que Gran Bretaña y Francia tuvieron en Fachoda en 1898, tenían que ser más frecuentes. Sin embargo, hasta finales del siglo XIX el sistema interestatal pudo resolverlos convenientemente. Esto ocurrió también en Europa, donde Bismarck manejaba magistralmente la *Realpolitik*, creando un sistema de alianzas dirigido a garantizar la estabilidad y el papel de Alemania como árbitro. Sin embargo, a partir de ese momento, el despliegue desestabilizante de algunos imperios que no entraban en el guión, como Rusia en Turkestán y Japón en Asia, unido al cese de Bismarck y a la instauración de la *Weltpolitik* por parte de Guillermo II, hicieron que el mundo de imperios fuera cada vez más susceptible a los choques, pero esta vez con muchos millones de personas más que en el pasado y armas muchísimo más letales. La disolución de los sistemas bismarckianos facilitó el aumento de tensiones entre los diferentes Estados europeos especialmente focalizadas en los diversos polvorines existentes (sobre todo los Balcanes), y dificultaba cada vez más una resolución pacífica o limitada. La forma en que la tercera dimensión se había desarrollado en los imperios europeos (sobre todo Rusia y Alemania), ciegamente agresiva por el nacionalismo y la euforia anti-pactista y con una cierta frustración ante las experiencias imperiales de Gran Bretaña y Francia, fue fundamental para entender los inicios de la gran

⁵⁸ De entre los repertorios que un imperio puede desarrollar están las concesiones de autonomía, que a su vez modifican otros elementos de sus dimensiones (sobre todo la primera). Fue el caso de estas leyes de autogobierno de Irlanda que el Parlamento británico concedió después de grandes presiones en 1886, 1893, 1912-14 y 1920.

crisis mundial que estalló en 1914 y que acabaría dinamitando la hegemonía europea en base a la cual se habían forjado las conexiones globales anteriores⁵⁹.

IV. DE LA GRAN CRISIS GLOBAL AL MUNDO ACTUAL: ¿UN MUNDO POSTIMPERIAL?

En su brillante historia de las relaciones internacionales modernas, el que fuera Secretario de Estado de los EE.UU. de 1973 a 1977, Henry Kissinger, afirma desde su posición de intelectual y político de pleno siglo XX:

“A menudo, los teóricos del equilibrio de poder nos dan la impresión de que ésta es la forma natural de las relaciones internacionales, pero de hecho rara vez han existido sistemas de equilibrio de poder en la historia humana [...] Para la mayor parte de la humanidad y en los más largos períodos de la historia, el imperio ha sido la forma habitual de gobierno. Los imperios no tienen ningún interés en operar dentro de un sistema internacional; aspiran a ser ellos el sistema internacional. Los imperios no necesitan un equilibrio de poder. Así es como los Estados Unidos han dirigido su política exterior en América, y como China lo ha hecho durante la mayor parte de su historia en Asia”⁶⁰.

Evidentemente, aquí Kissinger manejaba una definición convencional de imperio como algo arcaico, opuesto al Estado-nación moderno. Pero repasando la propia trayectoria política del Secretario de Estado de Nixon no podemos evitar plantear serias dudas sobre si en su fuero interno él pensaría realmente que todos los Estados que se sientan en la Asamblea General de Naciones Unidas, institucionalización más visible del nuevo sistema de relaciones internacionales creado después de la Segunda Guerra Mundial, merecerían la consideración de igualdad y soberanía que en teoría se les reconoce. De hecho, fue a raíz de la gran crisis mundial de 1914-1945, que disolvió esas “reliquias del pasado” en Europa y minó los imperios europeos fuera de ella, cuando el equilibrio de poder heredero del Concierto Europeo de 1815 acabó implosionando. Y fue a partir de que los imperios cayeran en Centroeuropa cuando el mapa trazado por el principio wilsoniano de la autodeterminación abrió la puerta a la conflagración por cuestiones de nacionalidad, etnia o religión; precisamente lo contrario a esa mayor “coherencia” que buscaba una Europa de Estados-nación. Por su parte, si la traumática pérdida de las seguridades decimonónicas determinó el estruendoso final de la primera parte de la globalización moderna, el punto de llegada de este epígrafe presentará un mundo de globalización electrónica, mercados mundiales integrados y una cultura global que intenta superponerse a lo local; los nuevos campos de lucha por la hegemonía para el siglo XXI⁶¹.

⁵⁹ Sobre las tensiones de estos años y las causas de la Primera Guerra Mundial, *Vid.* RENOUVIN, Pierre, *Historia de las relaciones internacionales*, Madrid, 1998 (1955), pp. 433-637.

⁶⁰ KISSINGER, Henry, *Diplomacia*, Barcelona, 2010 (1994), p. 13.

⁶¹ La consideración del siglo XX desde la historia global es también bastante escasa. Una compilación de ensayos temáticos en ADAS, Michael (Ed.), *Essays on Twentieth Century History*, Filadelfia, 2010.

El periodo que va de 1914 a 1945 es el otro gran momento de transición en la historia de la globalización, no tanto por un aumento de las conexiones sino porque todo el sistema se puso a prueba y en apenas 30 años cambió su estructura y orden. Las dinámicas desatadas fueron tan destructivas que muchas veces se ha utilizado el término “guerra civil europea”. Como señalan Burbank y Cooper, en 1914 estalló una guerra entre imperios europeos y, mediando una fuerte depresión económica mundial, en 1945 estos imperios estaban arrasados y en proceso de descomposición (si no se habían disuelto ya)⁶². Pero, como dijimos para la “Era de las Revoluciones”, esto no significaba ni mucho menos la desaparición del imperio como concepto aplicable a la realidad histórica sino una nueva transformación de las realidades imperiales en todas sus dimensiones. La gran conflagración y sus devastadores efectos tomaron tales dimensiones que a la vez facilitaron posteriormente unos procesos de integración de líneas de producción y comercialización, tecnologías y comunicaciones, explosión demográfica y participación política que suponen la madurez de las transiciones a la modernidad del siglo y medio anterior. Pero no hay una modernidad sino muchas y algunas más eficaces que otras. Imperialismo y nacionalismo llegaron a su apogeo y están indefectiblemente unidos al análisis de la historia europea y extraeuropea, pero también aparecieron de manera ya clara la sociedad de masas, el genocidio con métodos modernos (Cfr. Holocausto), la violencia política generalizada (quizás el caso español de los 30-40 sea el más conocido), la consolidación de la sociedad de consumo y la prueba de que un mundo integrado no significaba menor desigualdad (más bien mayor).

El derrumbe de los imperios centroeuropeos, otomano, manchú y zarista aumentó la inestabilidad en sus respectivas regiones y maximizó los componentes ideológicos de los conflictos, sobre todo los nacionales. Si bien 1914 se explica, entre otras cosas, por las tensiones del sistema interestatal de las dos décadas anteriores, 1939 es resultado de la desastrosa arquitectura internacional gestada a partir de 1918 (desde los tratados de paz a la fracasada Sociedad de Naciones), pero también de los desarrollos internos de algunos países. La nación salió al primer plano y en el caso de Japón y Alemania era una nación imperial y agresiva. Y también lo hicieron las ideologías de masa. El liberalismo democrático estaba en crisis ante su poca efectividad al embridar las dinámicas imperiales de sus Estados antes de 1914 y al dar una respuesta efectiva a los problemas posteriores a 1918. Fascismo y comunismo eran las alternativas, ideologías en negativo respecto a lo anterior, modernas en sus métodos, de partido único, autoritarias y violentas como requería la catarsis necesaria que ambas propugnaban⁶³. En el caso alemán, el nacionalismo, asociado a la raza y, obviamente, al *Volksgeist* germánico, constituyó la clave de bóveda del imperio, un imperio de guerra con territorios parte del Reich y zonas gobernadas (y duramente explotadas)

⁶² BURBANK, J., COOPER, F., *Opus. cit.*, pp. 500-501.

⁶³ Vid. NOLTE, Ernst, *La guerra civil europea, 1917-1945: Nacionalsocialismo y Bolchevismo*, México, 2001; PÉREZ DELGADO, Tomás, “Europa siglo XX: corta centuria, guerra larga”, en VACA LORENZO, Ángel (Ed.), *Europa: proyecciones y percepciones históricas*, Salamanca, 1997, pp. 149-180.

militarmente⁶⁴. Una imaginación imperial que disponía de eficaces instrumentos para llevarla a cabo pero que era inviable en la práctica y a largo plazo, no sólo por caer en las mismas trampas que Napoleón sino por cómo desarrolló sus dimensiones imperiales. Su estructura política y de gobierno acabó basándose en el “compromiso autoritario” que conceptualizó Burrin⁶⁵. Las diversas policracias operaban con el único límite de Hitler y sustituían a los cauces normales del Estado. La ideología nacionalsocialista era el propio imaginario imperial (imbricado en las tradiciones germánicas) que alimentaba los juegos de poder y unos repertorios imperiales basados en el terror, la guerra y la explotación de los pueblos inferiores. Viendo las fuerzas que operaban en su interior, no es de extrañar que el imperio nazi acabará sucumbiendo ante una alianza circunstancial de los Estados Unidos junto con los antiguos imperios europeos (repúblicas o monarquías, todos eran sistemas liberal-democráticos) y el nuevo imperio del momento, la Unión Soviética. El nuevo sistema mundial ya tenía servidos sus futuros conflictos.

Mirando hacia su legado, las guerras mundiales fueron un choque de imperios pero no fueron solamente eso, fueron un cruce violento de caminos hacia la modernidad del sistema global que se había creado, fueron la “era de las catástrofes”, en palabras de Hobsbawm, en la que todo lo que se creía seguro anteriormente se derrumbó⁶⁶. Fueron el momento en el que el concepto de imperio cambió nuevamente de significado. Este cambio se consolidó gracias a dos procesos globales, relacionados entre sí y ya apuntados antes de 1945 y eclosionados a partir del nuevo sistema interestatal creado entonces (compendiado en Naciones Unidas y las diferentes organizaciones y foros internacionales posteriores).

El primero de esos procesos fue la descolonización. Los imperios europeos anteriores a las guerras mundiales habían recibido unos golpes que tambalearon los cimientos de sus dimensiones, en el plano político, cultural, social e incluso militar. Los movimientos anticoloniales y las presiones de los nuevos Estados hegemónicos (los Estados Unidos y la Unión Soviética) parecían poner de manifiesto que los repertorios imperiales europeos se habían quedado desfasados. El debate desarrollado en las metrópolis sobre la autodeterminación y la inclusión fue duro y las separaciones a veces fueron violentas y difíciles, lo cual es lógico cuando la propia construcción nacional se había realizado sobre la base del imperio, aunque fuera a un nivel meramente emocional. Se articularon nuevos repertorios imperiales en clave “desarrollista” y cambios administrativos para mantener el dominio sobre las colonias (como creación de federaciones), pero parecía que se estaba luchando contra el signo de los tiempos, especialmente

⁶⁴ Sobre el III Reich hay muchísimas publicaciones, entre ellas destacamos MAZOWER, Mark, *El imperio de Hitler: ascenso y caída del nuevo orden europeo*, Barcelona, 2008.

⁶⁵ BURRIN, Philippe, “Politique et société: les structures du pouvoir dans l’Italie fasciste et l’Allemagne nazie”, en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, Núm. 43/3 (1998), pp. 615-637.

⁶⁶ HOBBSAWM, E., *Historia del siglo XX*, Barcelona, 2008 (1994), p. 27 y ss. Una visión desde la historiografía marxista, muy cuestionable en algunos aspectos pero con gran éxito.

desde que las Naciones Unidas favorecieron estos procesos y los nuevos Estados intentaron (con éxito variable) organizarse para sacudirse del colonialismo y no caer en ninguna otra red imperial (Conferencia de Bandung, 1955). Francia en Argelia e Indochina, Portugal en Angola y Mozambique u Holanda en Indonesia son algunos de los muchos ejemplos de descolonización problemática y resistencia del imperio a perder sus colonias. El peligro de guerras largas y crisis de identidad se extendió durante décadas pero algunos Estados lo gestionaron mejor que otros. El Imperio británico inició un proceso de adquisición de autonomía y cesión parcial de la soberanía ya en el periodo de entreguerras. Tras la Declaración Balfour de 1926 y el Estatuto de Westminster de 1931, los dominios integrados en la *British Commonwealth of Nations* se reconocían iguales y en ningún caso subordinados. Hacia 1950, muchos países habían ganado el reconocimiento a su soberanía (Australia, Canadá o Nueva Zelanda siguen reconociendo al rey de Inglaterra como jefe del Estado, aunque son países soberanos *de facto*) y algunos habían ganado la independencia total sin demasiados conflictos (como la India), aunque las tensiones larvadas y controladas por el régimen colonial no tardarían en aparecer. De hecho, la experiencia postcolonial ha sido muy variable y dependiente de los desarrollos coloniales y los procesos de independencia. En gran parte de los casos el desempeño ha sido bastante negativo y las antiguas colonias siguieron siendo Estados dependientes (aunque no necesariamente de su metrópoli), entrando a formar parte de lo que se ha dado en llamar “Tercer Mundo”⁶⁷.

El otro proceso fue la construcción de nuevas definiciones del imperio en base a que las dos nuevas potencias hegemónicas que habían derrotado al Eje introdujeron sus innovaciones en las dimensiones imperiales en un contexto internacional de carácter bipolar y más o menos tensionado conceptualizado como “Guerra Fría”⁶⁸. El mundo se dividió prácticamente en dos bloques con dos áreas de influencia controladas por imperios no de nuevo cuño pero sí innovadores en algunos aspectos. El criterio de división fue el sistema político-económico y de valores, combinado con las maniobras geopolíticas de último momento que hizo Stalin y la influencia que tuvieran Washington, y sobre todo, Moscú, sobre cómo acabarían los problemas internos de algunos territorios, como la guerra civil china.

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, creada sobre las bases continentales del imperio zarista a partir de 1922 tras un golpe de Estado en 1917 a un régimen en vacilante cambio desde 1905, basaba su sistema político en una federación multinacional y multiétnica de partido único y en el control estatal de la vida política, económica, social y cultural.⁶⁹ La burocracia comunista de los

⁶⁷ Es muy útil para este tema el capítulo “¿Fin del imperio?”, de BURBANK, J., COOPER, F. *Opus. cit.*, pp. 557-595.

⁶⁸ Una buena visión general en GADDIS, John L., *La guerra fría*, Barcelona, 2008.

⁶⁹ Sobre la URSS, *Vid.* ZUBOK, Vladislav M., *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la Guerra Fría*, Barcelona, 2008; LEWIN, Moshe, *El siglo soviético: ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Barcelona, 2006; SERVICE, Robert, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona, 2000 (1997); BURBANK, J., COOPER, F., *Opus. cit.* pp. 580-586.

respectivos países mantenía unidos a los partidos con Moscú a través de la Komintern (Kominform a partir de 1947) y el sistema de “Estados réplica” que recoge Tony Judt⁷⁰. En su análisis de los imperios más recientes, Burbank y Cooper no dudan en llamar a Stalin “emperador” y desde luego el poder que llegó a ejercer no tenía nada que envidiar a la autocracia zarista, muchísimo más destructivo si contamos los millones de muertos, deportados y purgados. Tras la muerte de Stalin, el secretario general del PCUS y el Politburó siguieron controlando el poder con un característico autoritarismo burocrático⁷¹. Los Estados Unidos, por su parte, demostraron que estaban llamados a ser la potencia hegemónica en el capitalismo global, aunque de hecho ya lo empezaron a ser cuando su Producto Interior Bruto superó con creces a Gran Bretaña, además de convertirse en el acreedor de los países occidentales después de ambas guerras mundiales. Su estructura política ya se había gestado en el siglo anterior: una república federal basada en un nacionalismo cívico, con un presidente susceptible de ejercer amplísimos poderes, hasta tal punto que algunos de ellos rozaron los límites del propio sistema (a la administración Nixon se le ha llegado a calificar de “presidencia imperial”)⁷². Además, había una sociedad civil asentada en un sistema político democrático y de derechos y libertades individuales ya perfilado hacia 1945 (salvo por la cuestión de algunas minorías como los afroamericanos)⁷³. Como se ve, ambos países tenían una estructura política bastante diferente. Su forma de entender las otras dos dimensiones imperiales también lo era, pero había algunas similitudes, en un mundo en el que la carrera espacial y armamentística aceleraba los procesos de “globalización electrónica”, como diría Sloterdijk.

Los dos países combinaron un cultivo interno de ideas cohesivas y una perspectiva nacional (concepción de lo propio como “el mundo” autosuficiente), con momentos de mayor internacionalismo. Ambos desarrollaron ideologías imperiales de gran utilidad interna. En la URSS, el “socialismo de un solo país” y el concepto del “proletariado ruso” que había roto sus cadenas, que había llegado por primera vez al socialismo; en los EE.UU. el *American Way of Life*, la exaltación del individualismo y los derechos humanos y el supuesto liderazgo moral que ejercía el pueblo norteamericano sobre el “mundo libre”. Como en toda democracia, la opinión pública tenía que armonizar con el proyecto imperial y el desarrollo de la segunda dimensión le ayudó a ello. Todo esto se combinaba con una dimensión universalista del imaginario imperial. Igualmente, la Unión Soviética debía ser el faro para los “proletariados del mundo” que todavía no se habían unido, en países donde el internamente contradictorio sistema capitalista todavía no había llegado a

⁷⁰ JUDT, Tony, *Postwar: A History of Europe since 1945*, Londres, 2007, p. 167. Pese a que el desarrollo es del autor, el término “Estado-réplica” es de Kenneth Jowett, de la U.C. Berkeley.

⁷¹ BURBANK, J., COOPER, F., *Opus. cit.*, pp. 584-585.

⁷² Vid. SCHLESINGER, Arthur M. Jr., *The Imperial Presidency*, Nueva York, 2004.

⁷³ Sobre los Estados Unidos, una excelente visión general en JONES, Maldwyn A., *Historia de Estados Unidos: 1607-1992*, Madrid, 1996; sobre su desempeño imperial LENS, Sidney, *The Forging of the American Empire. From the Revolution to Vietnam: History of U.S. Imperialism*, Londres, 2003 (1971); LAYNE, Christopher, THAYER, Bradley A., *American Empire. A debate*, Nueva York, 2007; IMMERMANN, Richard H., *Empire for Liberty. A History of American Imperialism from Benjamin Franklin to Paul Wolfowitz*, Princeton, 2010.

su inexorable hundimiento. La forma que tuvo la URSS de combinar ambiciones revolucionarias e intereses de Estado fue la fabricación de un “paradigma revolucionario-imperial” tratado por Zubok, una ideología pero a la vez un programa que combinara la plataforma para la revolución mundial que era la URSS con el imperio socialista soñado por Stalin⁷⁴. Por su parte, los Estados Unidos se erigieron en gendarmes internacionales de la democracia, el libre mercado y el equilibrio internacional de poderes. Así, se fabricaron programas simbólicos acordes a ambos imaginarios imperiales. El color rojo del movimiento socialista, la hoz y el martillo del proletariado agrario e industrial estaban presentes en todas las banderas de la URSS. El águila tomó de nuevo toda su significación imperial en el escudo de los EE.UU. y una miríada de elementos informales inundaron los universos simbólicos de los occidentales y los países que estaban bajo la influencia estadounidense, desde el cine hasta las cadenas comerciales.

El desarrollo de la tercera dimensión imperial en la Guerra Fría fue más bien indirecto. Había que evitar una confrontación abierta a toda costa así que las tensiones se desviaron hacia escenarios secundarios. El mundo de la descolonización y la postguerra proporcionó extraordinarios casos de problemas locales o regionales que llamaron la atención de los dos imperios y fueron instrumentalizados en ese sentido. Quizás el más conocido de todos fue Vietnam, pero Oriente Medio y el Mediterráneo, el Caribe, Asia central y el Pacífico fueron escenarios recurrentes. Sin embargo, los repertorios imperiales desplegados no acababan en las guerras periféricas. Las deudas de guerra o las relaciones comerciales preferentes, las ayudas al desarrollo o la reconstrucción (como el Plan Marshall), la influencia cultural, el apoyo geopolítico o el simple miedo al otro bloque, cargado de armas nucleares, constituyeron otras formas de intervención.

Estas nuevas formas, mucho más sutiles, de conseguir que sociedades no controladas directamente participen en el proyecto imperial de uno y se pongan bajo su égida fueron englobadas por el politólogo Joseph Nye bajo el concepto de *soft power*, una forma de influencia clave en el mundo actual. Sin embargo, a mediados del siglo XX, en zonas del sistema débiles o muy próximas a uno de los bloques, se podían incluso organizar golpes de Estado u organizaciones paramilitares, como hicieron los Estados Unidos en Latinoamérica. Gran parte del éxito americano se debe a su mejor capacidad para servirse de las dinámicas del capitalismo global creadas en los siglos anteriores, generando, como señalan Burbank y Cooper, una nueva variante del imperialismo de libre comercio, más exitosa incluso que el británico: empresas multinacionales, inversiones extranjeras y gobiernos pro-americanos formaban parte del amplio conjunto de formas más o menos controladas por el gobierno americano que servían para defender los intereses imperiales⁷⁵.

Esta fricción inter-imperial redefinida acabó con un aparente ganador, los Estados Unidos, ante el colapso interno de la Unión Soviética a partir de 1989. Parecía que

⁷⁴ ZUBOK, V., *Opus. cit.*, p. 45.

⁷⁵ BURBANK, J., COOPER, F., *Opus. cit.*, p. 588.

la democracia y el capitalismo habían triunfado y algunos pregonaron ya “el fin de la historia”⁷⁶. Llegó la *Pax Americana* y parecía que la era de los imperios ya había pasado, aunque sólo fuera porque quedara uno. El mundo completamente global del año 2000 era un mosaico de Estados mayoritaria y pretendidamente nacionales, más o menos integrados en las redes capitalistas de productos, servicios e información. Europa y Japón, antiguas potencias imperiales, ya no son ejemplos de desarrollo de ninguna de sus dimensiones. Ni siquiera la Unión Europea se abstrae de su origen como organización supraestatal con fines comerciales a la que le cuesta pasar de una débil confederación política. Sin embargo, los acontecimientos de la primera década del siglo XXI demostraron que el concepto de imperio seguía vivo en las mentes de las personas y que los Estados Unidos no serían ni intocables ni eternamente hegemónicos⁷⁷. Los derechos humanos y la “guerra contra el terror” han marcado las prácticas imperiales de los Estados Unidos en la última década⁷⁸. El tiempo dirá si China, acreedor de los Estados Unidos como éste lo fue una vez de Europa, seguirá perfeccionando las dimensiones imperiales de la era moderna o les dará un nuevo significado y cómo terminará el proceso de crisis de la hegemonía norteamericana; todo lo cual prueba que, en todo caso, el concepto de imperio en la Historia Global no debe desaparecer sino adaptarse a las nuevas formas de creación, distribución y apropiación de la riqueza y el poder que la historia, todavía bien viva, recoja para el siglo XXI.

V. CONCLUSIONES

La hipótesis de partida de este trabajo venía articulada por dos argumentos: uno de carácter teórico y otro de práctica historiográfica. Desde un punto de vista teórico, se ha llamado la atención sobre la necesidad de considerar la antinomia significado/significante en el caso concreto de la palabra Imperio. La invalidez de los usos tradicionales de la misma viene justificada por la escasa densidad de la conceptualización necesaria ante la evidencia (argumento historiográfico) de que las distintas realidades que se han acogido al concepto no presentan un grado de uniformidad suficiente. Además, el discurso historiográfico está plagado de utilidades de los términos “imperio” e “imperial” para realidades no coincidentes con los fundamentos filológicos de la palabra. A esto se suma la necesidad de partida de colocar ambos argumentos en el vector específico de la Historia Global, en tanto que el artículo se mueve en un marco cronológico determinado por el proceso de globalización.

⁷⁶ FUKUYAMA, Francis, “The End of History?”, en *The National Interest*, Núm. 16 (1989), pp. 3-18.

⁷⁷ Un ensayo de gran interés que desarrolla el tema del declive en diferentes ámbitos en TODD, Emmanuel, *Après l'empire: essai sur la décomposition du système américain*, París, 2004.

⁷⁸ Vid. COLÁS, Alejandro, SAULL, Richard (Eds.), *The War on Terrorism and the “American Empire” after the Cold War*, Oxon, 2006; BRICMONT, Jean, *Imperialismo humanitario. El uso de los derechos humanos para vender la guerra*, Barcelona, 2005.

Desde estas posiciones de partida, se ha propuesto una conceptualización a partir de la consideración de una serie de casos en todo el recorrido fijado. El concepto de imperio ofrecido se resume en un compuesto variable y multiperspectivista de tres dimensiones relativamente autónomas pero relacionadas (Imperio como constitución y estructura política; Imperio como imaginario, cultura y simbología; Imperio como repertorio de acción y gestión). La presentación de los diferentes casos, mediatizada por estas tres dimensiones y por las diferentes fases del proceso de globalización, ha pretendido su reconsideración desde esta nueva óptica con dos objetivos: 1) Demostrar la necesidad de una conceptualización solvente de la realidad imperial para la comprensión profunda de algunos de los principales procesos y realidades de los últimos cinco siglos; y 2) Cimentar la conceptualización ofrecida de acuerdo a esa base empírica (además de aportar, si procediere, algunas conceptualizaciones alternativas que ya ha realizado la historiografía o usos destacados del propio concepto). De esta forma, se ha distinguido una primera época de globalización arcaica en la que los imperios tradicionales contrastan con algunos imperios europeos de nuevo cuño pero con fuertes reminiscencias premodernas. De hecho, el propio concepto estaba cargado de pervivencias del pasado. El gran cambio se produce entre la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del siglo XX, donde las tres dimensiones imperiales señaladas se redefinen de forma paralela a la aparición y consolidación de la globalización moderna. Desde mediados del siglo XX, la sintonía del significante con el vocabulario de la época se redujo, pero la utilización de la palabra en el discurso historiográfico y el desarrollo de realidades inteligibles a través de la conceptualización propuesta permanecieron. Redefinidas y transformadas, las realidades imperiales siguen presentes, en sus diferentes dimensiones, en el mundo ya ampliamente globalizado del siglo XXI. Su importancia y trayectoria histórica llaman la atención de los científicos sociales. Contribuir a su comprensión ha sido el objetivo último de este artículo.

Bibliografía

BAYLY, Christopher A., *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914*, Madrid, 2010.

BERNAL, Antonio Miguel, *España, proyecto inacabado. Costes/beneficios del imperio*, Madrid, 2006.

BRAUDEL, Ferdinand, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII. T. III, El tiempo del mundo*, Madrid, 1984 (1979).

BURBANK, Jane, COOPER, Frederick, *Imperios. Una nueva visión de la historia universal*, Barcelona, 2011.

BURRIN, Philippe, "Politique et société: les structures du pouvoir dans l'Italie fasciste et l'Allemagne nazie", en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, Núm. 43/3 (1998), pp. 615-637.

GÓMEZ ESPELOSÍN, Francisco Javier, *Diccionario de términos del mundo antiguo*, Madrid, 2005.

GRIMAL, Pierre, *El Imperio romano*, Barcelona, 2000.

HOBSBAWM, Eric, *Historia del siglo XX*, Barcelona, 2008 (1994).

JUDT, Tony, *Postwar: A History of Europe since 1945*, Londres, 2007.

KISSINGER, Henry, *Diplomacia*, Barcelona, 2010 (1994).

KOSELLECK, Reinhart, *historia/Historia*, Madrid, 2010 (1974).

MCNEILL, John R., MCNEILL, William H., *Las redes humanas. Una historia global del mundo*, Barcelona, 2010 (2003).

MOMMSEN, Wolfgang, J., *La época del imperialismo. Europa, 1885-1918*, Madrid, 2002 (1969).

SLOTERDIJK, Peter, *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización*, Madrid, 2007.

WALLERSTEIN, Immanuel, *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*, México, 2006 (2004).

ZUBOK, Vladislav M., *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la Guerra Fría*, Barcelona, 2008.